

LES MODES PARISIENNES

Robes de Mme Alexandre Ghys — Fleurs de Mme Tilman — Lingerie et Dentelles de la Cie Royale — Rubans et Gants de la Ville de Lyon — Corsets de la Mon Simon. Chaussures de la Mon Jouvenot — Jupons multiples de Mme Pauline — Foulard pour robes de la Malle des Indes — Eventails et Parfums de Faguer-Laboullée.

LE MIROIR PARISIEN
Bureaux: 13, Boulevart Sébastopol, (rive gauche.) Paris.
DÉCEMBRE 1862.



Lith: D. Michelet, 6, rue du Hazard, Paris.



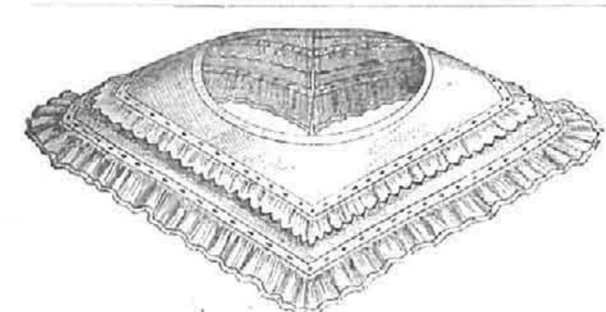
LE MONITEUR DE LA MODE

Paris. Rue de Richelieu, 92.

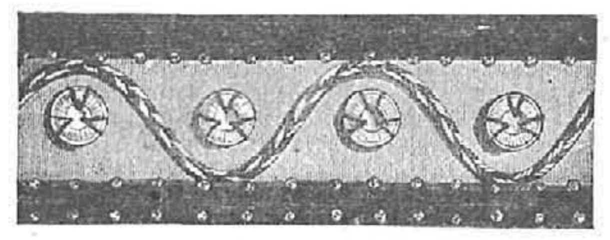
Toilettes de R. Lhopiteau. Robes de Pauline Couter, r. Vivienne, 41 _ Modes de Mme. Plé Horain, r. de Grammont, 27.
Fourrures des Magasins de La Reine d'Angleterre, r. St. Honoré 249 _ Fleurs et Plumes de Tilman, r. de Richelieu, 104.
Rubans et Passementerie A la Ville de Lyon, Chaussée d'Antin, 6 _ Corsets de la Mon. Simon, r. St. Honoré 183

Parfums de Violet f.r de S. M. l'Impératrice, r. St. Denis 317 | Envois de la Mon. de Com.on Lassalle et Cie. r. Louis le Grand, 37.

Entered at Stationer's Hall.
LONDON, S. O. Beeton Publisher of the Englishwoman's Domestic Magazine, 248, Strand. W. C.
MADRID P. J. de la Pena



CUELLO PARA NIÑO.



BORDADO DE LA LIMOSNERA.

dradas, y guarnecidas, como el corpiño, por un rizado de tafetan. Este modelo es sencillo, gracioso, elegante, y será generalmente adoptado para trages de medio equipo, no solo durante el invierno, sino tambien para la primavera.

Las ballenas que se colocan debajo de los brazos deben ser flexibles. El corpiño se abotona por delante. El rizado de éste ha de tener de ancho 2 centímetros y 4 el de la manga.

Limosnera.

MATERIALES.—Tafetan negro; trencilla de seda amarilla de oro; cuentas doradas; cinta de terciopelo negro; botones de metal dorado ó monedas argelinas agujereadas de cobre dorado; forro.



CORPIÑO MONTANTE.

Esta limosnera se sujeta al cinturon por medio de un gancho grande; las señoras, las señoritas, las niñas y hasta los niños, la usan.—Nuestro dibujo la representa en tamaño reducido, pero será fácil darle las proporciones que deba tener segun el gusto y la edad de la persona á quien se destina; un segundo dibujo indica la ornamentacion en tamaño natural. La parte de detrás de la limosnera se corta de una sola pieza (sin la presilla que lleva los botones, que se hace por separado): la parte de delante tambien se corta de una pieza sola, luego las presillas. Todas estas partes son de tafetan negro: primero se forran de percal negro, y luego vuelven á forrarse de tafetan de Florencia del mismo color: en seguida se ejecutan los adornos, que se componen de cinta de terciopelo negro cosido con cuentas doradas, de trencilla dispuesta en ondas, y de botoncitos de metal colocados en los huecos de las ondas. La parte de delante se une á la de detrás por medio de una cinta de terciopelo negro de centímetro y medio de ancho, puesta á modo de ribete sobre las dos telas ya forradas.

Para colgar la limosnera, se preparan dos tiras de tafetan, cada una de 26 centímetros de largo por 3 de ancho: se las forra, se las adorna como el dibujo indica: se le ponen las cinco presillas, y se las cose por el lado de detrás de la limosnera: debajo de las tres presillas superiores se pone un gancho largo y fuerte, que se pasa por el cinturon.



LIMOSNERA.



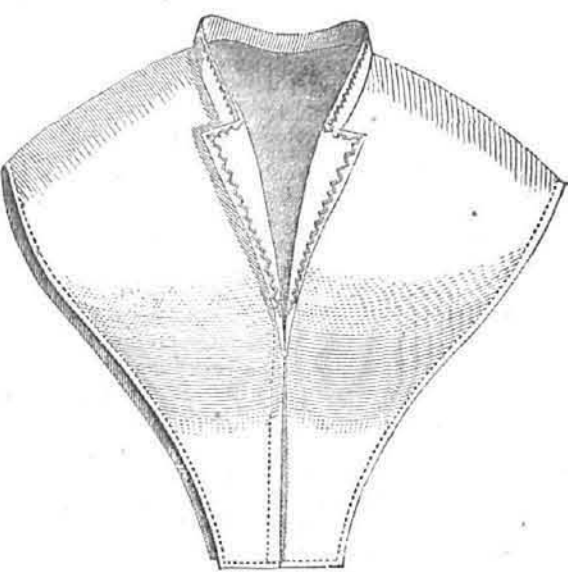
BANDA DOBLE CRUZADA.



SOMBRERO PARA NIÑO DE 6 A 18 MESES.

Cuello para niño.

Nuestro modelo se hace de muselina fina; el bordado y las costuras pespunteadas se ejecutan con algodon encarnado. Su borde se guarnece con un volante encañonado de 90 centímetros de largo por uno y medio de ancho, y cuyo dobladillo, vuelto



CUELLO RECTO CON SOLAPAS.

por el derecho, se pespuntea con algodon encarnado. A dos centímetros y medio de distancia, se pone una tira casi plana, festoneada de encarnado, y cuyo ancho se indica por el mismo feston; en cada una de las guarniciones se coloca una tira de muselina al sesgo, que se pespuntea con algodon encarnado por uno y otro lado, y en el medio de la cual se bordan lunares encarnados muy pequeños. La abertura del cuello va orlada por una tira semejante, pero solo pespunteada; por detrás se pone botoncitos y se hacen ojales.

Cogin de reps.

MATERIALES.—Reps gris de lana; trenza de seda color castaño oscuro y castaño claro; torzal negro de seda; retazos pequeños de paño blanco y de paño gris; terciopelo violeta y terciopelo lila; paño verde de tres puntos de color; lana verde y lana color castaño de muchos puntos.

Este dibujo representa una labor de un género enteramente nuevo, y muy digno de llamar la atencion de nuestras lectoras. Su tamaño no nos ha permitido el publicarlo entero; pero la parte esencial, esto es, el ramo de lilas ha podido tener sitio; solo el arabesco que rodea el cogin es el que deberá continuarse todo al rededor.

Despues de haber trasladado á la tela todos los contornos del ramo, se pone aquella en un bastidor; se cose primero la trenza mas oscura, sujetán-

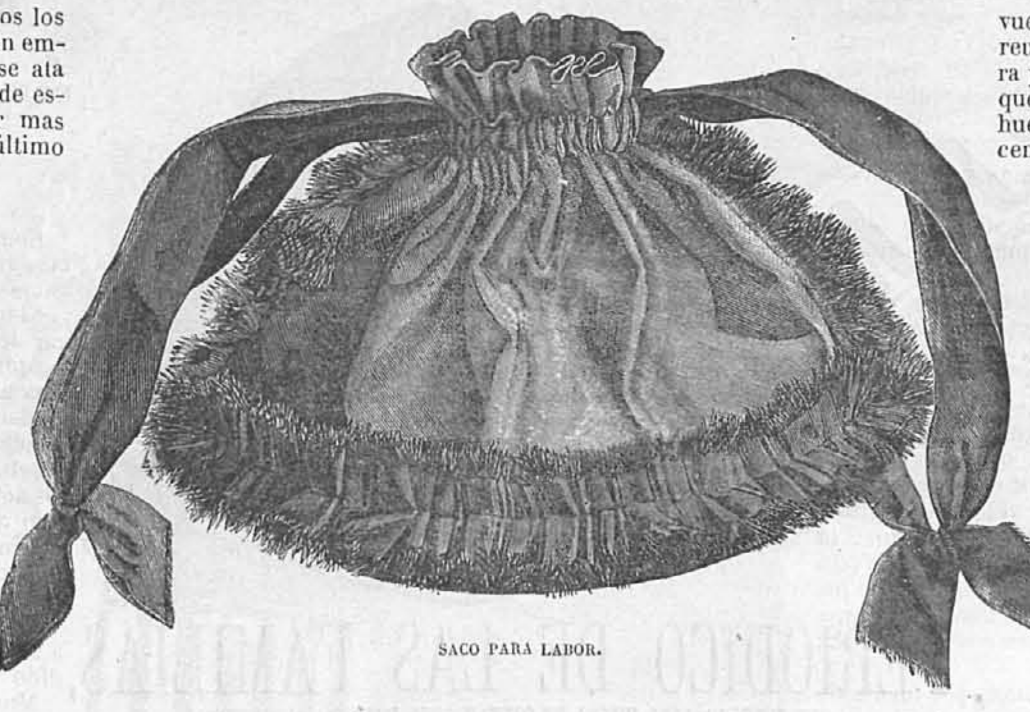


LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

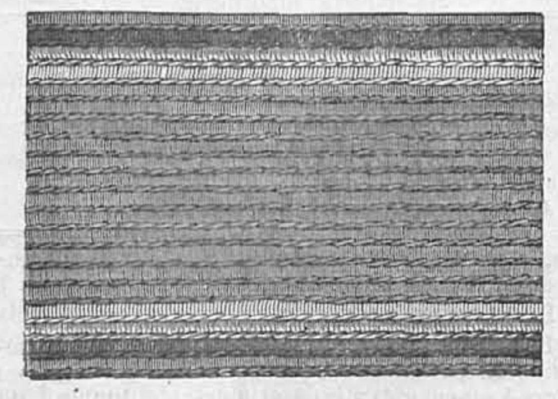
Cadiz

n.º 5

y del mismo modo se hacen todos los demás cuadros de esta vuelta. Sin embargo, como la cuenta á la que se ata un nuevo cuadro se cuenta como de este cuadro, no hay que ensartar mas que cinco y no seis, y para el último cuadro no se ensartan sino 4; en la 3.ª vuelta, los cuadros se componen tambien de 6 cuentas, comprendidas todas; de la 4.ª á la 6.ª vueltas los cuadros tienen 8 cuentas; de la 7.ª á la 10.ª, 10 cuentas; el enrejado está concluido. Se ponen las borlas pasando el algodon desde una á otra á través de las cuentas del enrejado. Para comenzar las borlas del borde de arriba, el algodon debe estar sujeto á una de las mallas de la 2.ª vuelta; se ensartan 2 cuentas blancas,—una amarilla larga, — 3 blancas. — Se vuelve á pasar el algodon á través de la cuenta amarilla y de las dos blancas, se le ata inmediato á la cuenta de juntura del cuadro, se le pasa otra vez por la primera cuenta blanca de la borla. Se vuelve á comenzar para hacer la otra parte de esta. La primera fila se compone de borlas de dos partes,—de la 2.ª á la 4.ª, de borlas de tres partes; el espacio que separa unas de otras es de dos cuadros;



SACO PARA LABOR.



N.º 1. TIRANTE.

el dibujo indica que deben estar encontradas. En la 5.ª fila, las borlas de dos partes han de estar atadas á las cuentas de juntura de los cuadros, — las borlas de tres partes, en el medio del borde inferior de los últimos cuadros.

Bolsillo al crochet.

MATERIALES. — 24 gramos de torzal de seda azul Méjico; 8 gramos de la misma seda negra; dos hilos de cuentas de acero del n.º 5: 2 anillos de acero.

Se hace este bolsillo con un crochet muy fino, y con puntos muy apretados; para cada uno de los extremos de él se forma una cadeneta de 114 puntos; se une el último al primero, y se trabaja en redondo, siempre con puntos sencillos. Se hacen 42 vueltas con la seda azul Méjico; en la 43 se principian los festones indicados en el dibujo; se ata la seda negra (sin cortar la otra seda), se hacen alternativamente 5 puntos azules y uno negro; se pasa la hebra de seda sobre la labor, cuyo revés se convierte en derecho del bolsillo. La vuelta 44 es igual á la anterior. Despues vienen 2 vueltas, en las cuales se hacen alternativamente 3 puntos azules y 3 negros. El punto del centro de estos debe hallarse sobre el punto negro de la vuelta anterior. En las dos vueltas que siguen, se hacen alternativamente cinco *puntos negros* y *uno azul*. Este se halla en medio de los 3 puntos azules de la vuelta anterior. Uno de los extremos del bolsillo se termina por una vuelta negra; se la cierra, en el otro, por *una vuelta de bridas encontradas*.

Para la parte del centro (la que une los dos extremos) se ata la seda negra á uno de estos últimos, y se hacen 19 vueltas de bridas encontradas, que se componen, como se sabe, de una brida,—un punto en el aire; bajo éste se pasa un punto de la vuelta anterior, y en la vuelta siguiente se coloca la brida sobre el punto en el aire; se pasa, por debajo del punto en el aire que se hace, la brida de la vuelta anterior; en el medio de esta parte se deja la abertura necesaria para el bolsillo.—Cuando las 19 vueltas se han concluido, se pasan los anillos de acero; y en fin, se une la labor al otro extremo del bolsillo por el revés, haciendo una vuelta de puntos sencillos con la seda negra.

En los dos extremos se pone una red hecha de cuentas de acero, cuyo número y disposicion se indican en nuestro dibujo; en cada cabo hay un fleco de las mismas cuentas; la red se cose al bolsillo.

Colcha al crochet.

MATERIALES. — Algodon ó lana céfiro.

Estos cuadros se hacen por separado cada uno; se los comienza por el centro, y se trabaja en espiral; los rodea una vuelta calada.

Se hace una cadeneta de 4 puntos; se une el último al primero, y *en cada punto se hacen dos*,— por consiguiente ocho en todo.

2.ª VUELTA.—* En el punto mas próximo de la vuelta anterior se hacen 8 bridas: se reune la última de estas á la primera por un punto-cadeneta, de modo que se forme una especie de pliegue hueco: en el punto siguiente se hacen 2 sencillos; se vuelve á empezar tres veces desde *.

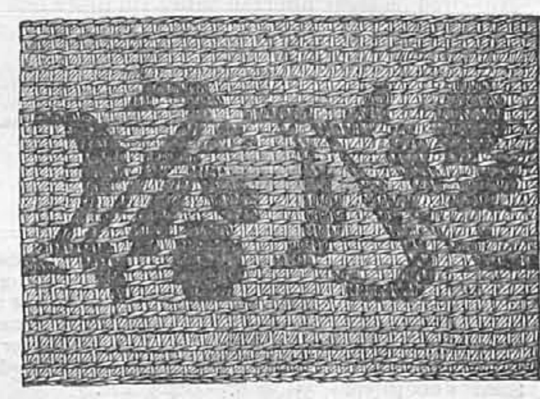
3.ª VUELTA. —En cada uno de los puntos sencillos de la vuelta anterior, y en el punto-cadeneta que une las bridas, se hacen dos puntos sencillos. Esta 3.ª vuelta se compone, por tanto, de 24 puntos.

4.ª VUELTA.—Esta se compone, como la 2.ª, de pliegues; se hace un pliegue de 8 bridas, reunidas por un punto-cadeneta; en el punto siguiente, 2 sencillos; hay por tanto, en la vuelta 12 pliegues.

5.ª VUELTA. — En cada uno de los puntos sencillos de la vuelta anterior se hacen 2 sencillos; en cada punto-cadeneta (de los que reunen los pliegues) solo un punto sencillo: en esta vuelta hay 60 puntos.

6.ª VUELTA.—* Un pliegue de 8 bridas, —4 puntos sencillos. Se vuelve á comenzar once veces desde *. Esta vuelta, que tiene 12 pliegues, se ha hecho sin menguado.

7.ª VUELTA.—En cada punto sencillo de la vuelta



N.º 2. — TIRANTE.

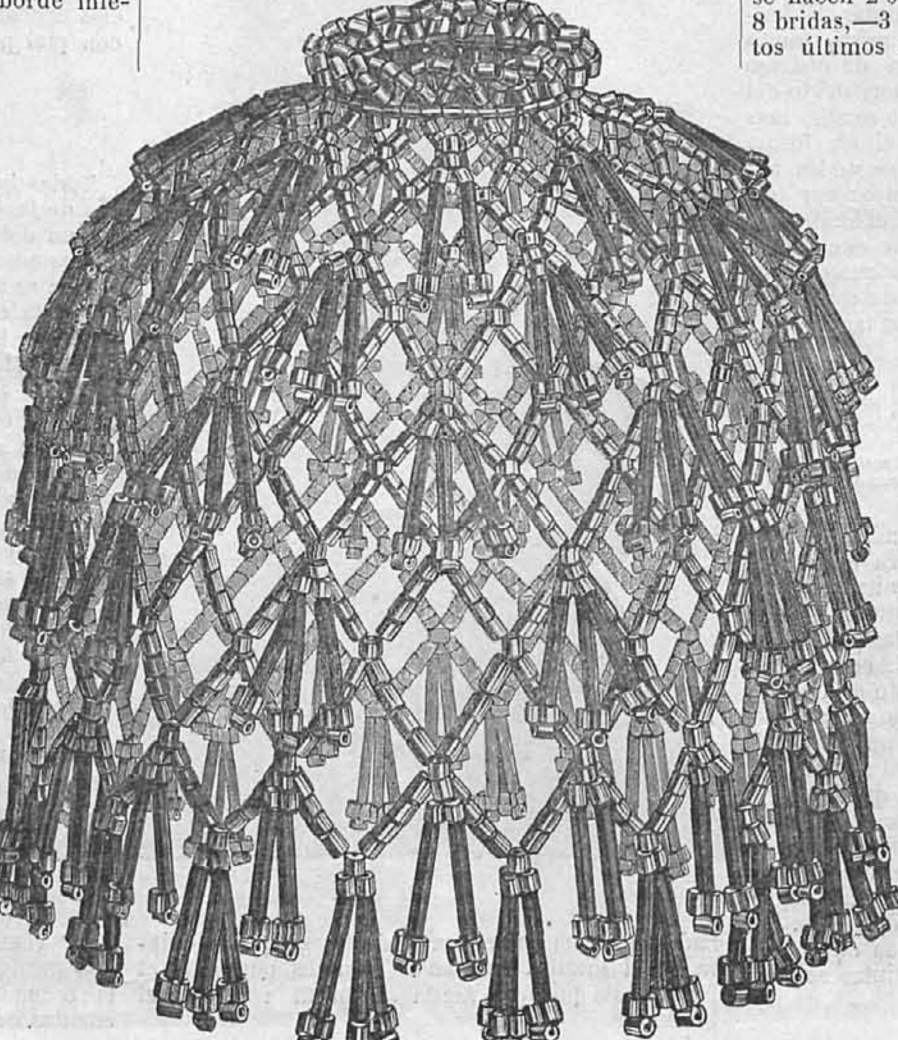
anterior se hace otro sencillo.

8.ª VUELTA.—Un punto sencillo; en el punto sencillo siguiente, que pertenece á la vuelta anterior, se hacen 2 sencillos,—despues 5,—* un pliegue de 8 bridas,—3 puntos sencillos. El del medio de estos últimos debe encontrarse exactamente encima del punto sencillo de uno de los pliegues de la vuelta 6.ª,—1 pliegue de 8 bridas,—4 puntos sencillos: en el sencillo siguiente 2 sencillos,—5 sencillos, —se vuelve á comenzar tres veces desde *; pero despues de la 3.ª repeticion se hacen solo 5 puntos sencillos, cuando se han terminado los dos pliegues. Hay, por consiguiente, en esta vuelta cuatro veces dos puntos sencillos hechos en un mismo punto, y el segundo de estos forma en todas partes una esquina. Los otros puntos sencillos se hacen cada uno en un punto de la vuelta anterior.

9.ª VUELTA.—Esta que se compone solo de puntos sencillos, dá á la labor hecha en redondo la forma cuadrada, ya bosquejada en la 8.ª vuelta, porque se crece solo en las cuatro esquinas, es decir, que se hacen en cada punto de la esquina 3 puntos sencillos. Despues de esta vuelta, cada lado del cuadrado debe contar 19 puntos, inclusas las dos esquinas.

10.ª VUELTA.—En el punto de la esquina se hace * un punto sencillo,—1 pliegue de 8 bridas,—otro punto sencillo,—en seguida otros 9 sencillos,—1 pliegue que ha de hallarse entre dos de la 8.ª vuelta,—otros 9 puntos sencillos, y vuélvase á comenzar tres veces desde *. La estrella del medio está terminada, y se ha empezado el primer pliegue de cada esquina.

11. VUELTA.—En cada punto sencillo de la vuelta anterior, otro sencillo, —en cada punto-cadeneta de las esquinas, *3 puntos sencillos*.



PANTALLA DE CUENTAS.



1037

LES MODES PARISIENNES

Robes de Mme Alexandre Ghys — Coiffures et Fleurs de la Mon Tilman — Sortie de bal de Mme Adre Ghys — Passementerie et Rubans de la Ville de Lyon — Lingeries et Dentelles de la Cie Royale — Chaussures de la Mon Jouvenot — Corsets de la Mon Simon — Parfums et Éventails de Faguer Laboullée — Envois de la Mon Lassalle et Compie

tas de terciopelo escocés, formando por delante una drapería sujeta por una ancha hebilla de acero.

N.º 4.—Zapato de tafilete negro, con rizado y roseta de cinta encarnada: la roseta está adornada de caireles de pasamanería negra y encarnada.

N.º 5.—Botito de cabritilla, con elásticos y charol; sobre el empeine lleva un bordado de relieve ejecutado con seda negra.

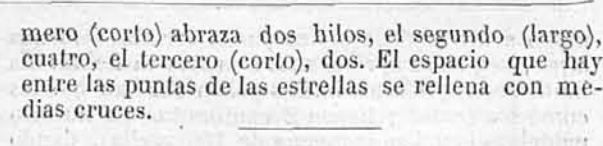
N.º 6.—Botito de terciopelo negro y charol, con elásticos; por adorno tiene en el empeine una roseta de cinta negra, con caireles y botones de pasamanería negra; el centro de la roseta es de terciopelo negro.

Dibujo de tapicería para zapatillas, taburetes, sacos, etc.

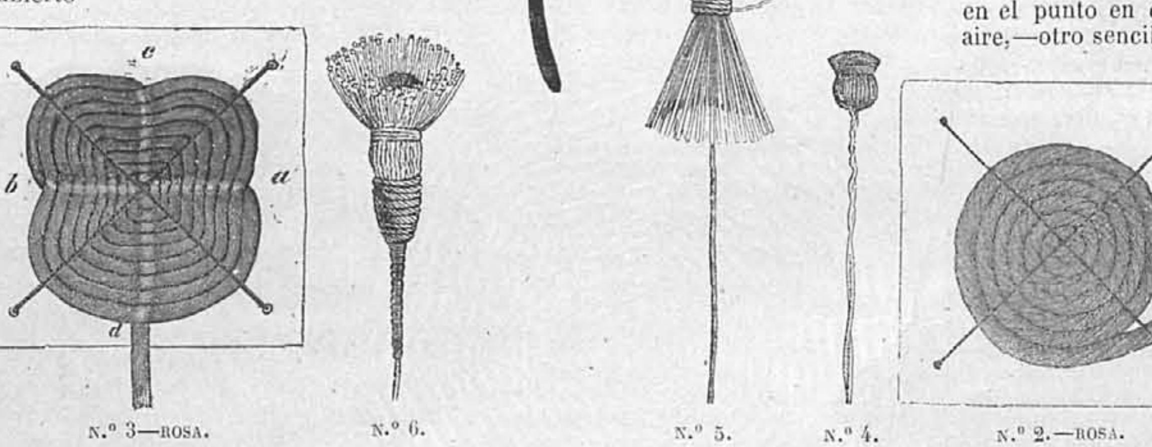
MATERIALES.—Cánevas del n.º 26; lana céfiro; seda de Argel.

Nuestro dibujo representa (en tamaño natural) un salpicado de estrellas sobre un fondo imitando el piqué; la parte inferior de aquel muestra el canevas, no cubierto todavía, á fin de dar razon de la direccion de los puntos y del número de hilos que cubren. La eleccion de los colores es arbitraria. Vamos sin embargo á indicar las que figuran en nuestro modelo: el centro oscuro de cada estrella está formado por cuatro medias cruces, ejecutadas con lana negra, hechas sobre dos hilos así en alto como en ancho: el contorno que las rodea se hace del mismo modo con seda amarilla; las cuatro puntas de la estrella son de seda blanca, y se componen de puntos largos al sesgo, hechos sobre dos cruces del canevas (4 hilos) á excepcion del punto de la extremidad que es recto. Las cuatro puntitas ó ramas, colocadas entre las anteriores, se componen de puntos largos y cortos, hechos con lana gris medio color y gris claro, alternando uno con el primer punto de color y otro con el segundo.

El fondo, que imita al piqué, se ejecuta con lana malva de un bello medio punto; se compone de cuadros regulares hechos con puntos al sesgo; el pri-


mero (corto) abraza dos hilos, el segundo (largo), cuatro, el tercero (corto), dos. El espacio que hay entre las puntas de las estrellas se rellena con medias cruces.

N.º 1.—ROSA EN LANA.



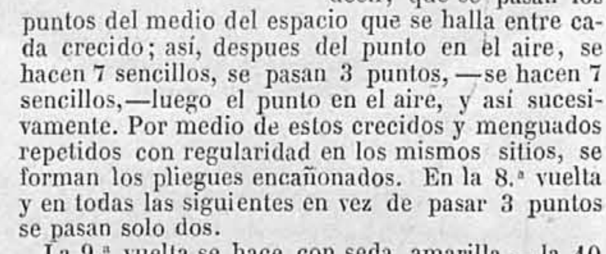
N.º 3—ROSA. N.º 6. N.º 5. N.º 4. N.º 2.—ROSA.

Porta-moneda al crochet.

MATERIALES. — 8 gramos de torzal de seda fina, encarnada; 4 gramos de la misma seda blanca; una madeja de la misma seda negro; otra de seda amarilla de oro; una boquilla dorada; un poco de tafetan blanco.

Se toma un crochet adecuado á la seda, y se hace con la seda negra una cadeneta de 4 puntos, se reune el último al primero y se trabaja siempre en espiral. Se hacen 2 puntos en cada punto, hasta que se tenga una vuelta de 38 puntos; sin cortar la seda negra se ata la amarilla, y se hace un punto en cada punto, creciendo cinco veces en esta vuelta. El crecido se verifica cuando se hacen 2 puntos en uno de la vuelta anterior. Concluida esta vuelta, se toma la seda negra (sin cortar la amarilla) y se hace un punto en cada punto, pero creciendo tres veces en esta vuelta.—Se vuelve á tomar la seda amarilla, y se hace una vuelta en la cual se crece dos ó tres veces, de modo que se tengan 50 puntos en todo. El fondo plano está concluido.

Se comienza la parte que parece plegada al rededor del fondo; no se corta nunca ninguna seda; al último punto amarillo se ata la seda encarnada, y en la primera vuelta se hace * un punto sencillo,—en el sencillo siguiente otro sencillo, —uno en el aire,—otro sencillo: se vuelve á comenzar desde * hasta el fin de la vuelta.—En la 2.ª vuelta se hace en el punto en el aire, * uno sencillo,—uno en el aire,—otro sencillo,—despues 4 sencillos, y se vuelve á empezar desde *, de modo que hay siempre 5 puntos sencillos que separan los puntos en el aire. En todas las vueltas siguientes se continúa este crecido, siempre en el mismo sitio, es decir, en el punto en el aire, de modo que en la 7.ª vuelta se hacen alternativamente 15 puntos sencillos y uno en el aire. Con la 8.ª vuelta se principia entre dos crecidos un menguado, es decir, que se pasan los


puntos del medio del espacio que se halla entre cada crecido; así, despues del punto en el aire, se hacen 7 sencillos, se pasan 3 puntos, —se hacen 7 sencillos,—luego el punto en el aire, y así sucesivamente. Por medio de estos crecidos y menguados repetidos con regularidad en los mismos sitios, se forman los pliegues encañonados. En la 8.ª vuelta y en todas las siguientes en vez de pasar 3 puntos se pasan solo dos.

La 9.ª vuelta se hace con seda amarilla,—la 10 con negra,—la 11 con amarilla,—despues se hacen 8 vueltas con seda blanca; esta lista blanca va adornada en la 4.ª y 5.ª vueltas con lunares amarillos; en estas dos vueltas se hacen, despues de cada men-



N.º 1. N.º 2. N.º 3. N.º 4. N. 5. N.º 6.

guado, el 4.º y 5.º puntos con seda amarilla; despues de la 8.ª vuelta blanca, se hace una amarilla, —*una negra,—una amarilla,—8 encarnadas, —una* amarilla,—una negra,—una amarilla, que termina el porta-moneda.

Se forra éste con un pedazo de tafetan blanco, redondo, de 13 centímetros, ribeteado por dentro, pero por debajo de los festones; por estos festones es por donde se cose el porta-moneda al rededor de la boquilla; el número de los festones ha de quedar igual por uno y otro lado.

Orla con flecos para abriga-piés.

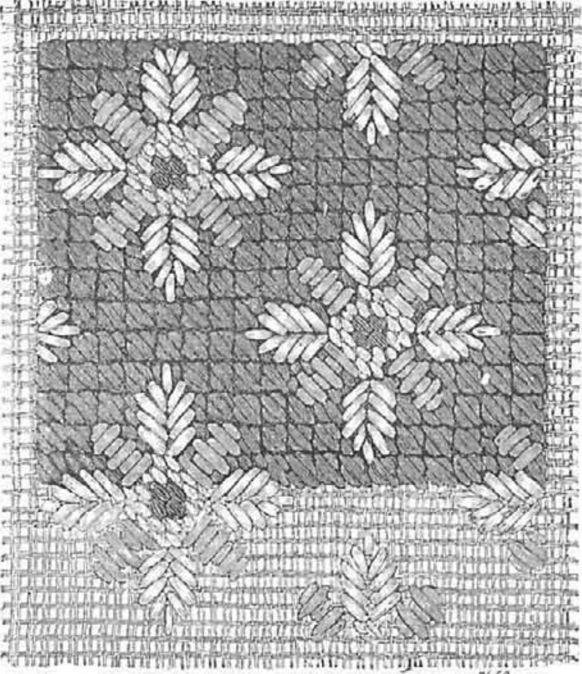
MATERIALES.—Algodon Bresson; un crochet adecuado.

Se cosen los festones superiores de esta orla al rededor de un abriga-piés hecho al crochet; se hace una cadeneta del largo necesario para el objeto á que se ha de rodear; cada feston se compone de 15 puntos.

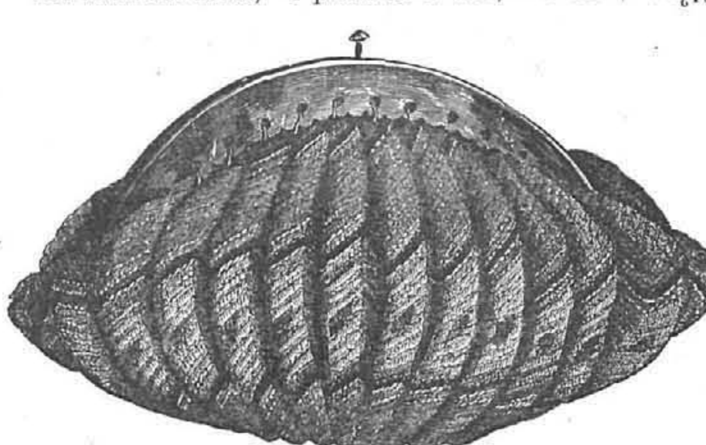
1.ª *vuelta*.—* 6 puntos sencillos sobre otros 6 de la cadeneta,—3 puntos en el siguiente.—6 sencillos sobre los 6 que siguen.—Se pasan dos puntos de la cadeneta, y se vuelve á empezar desde *.

2.ª *vuelta*.—Se pasa el primer punto de la vuelta anterior, y se hacen: * 6 puntos sencillos sobre los 6 siguientes,—3 bridas en el que sigue,—6 bridas sobre los 6 puntos que siguen. Se pasan 2 puntos de la vuelta anterior, y en el siguiente se hace una brida,—1 punto en el aire,—3 bridas, entre cada una de las cuales se hace un punto en el aire, y bajo cada uno de estos últimos se pasa un punto de la vuelta anterior; —2 puntos en el aire, — una brida en el mismo punto sobre el cual se ha hecho la última brida,—1 punto en el aire, —3 bridas, entre cada una de las cuales se hace un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un punto de la vuelta anterior; despues de la última brida, se pasan dos puntos de la vuelta anterior, y se vuelve á empezar desde * hasta el fin de la vuelta.

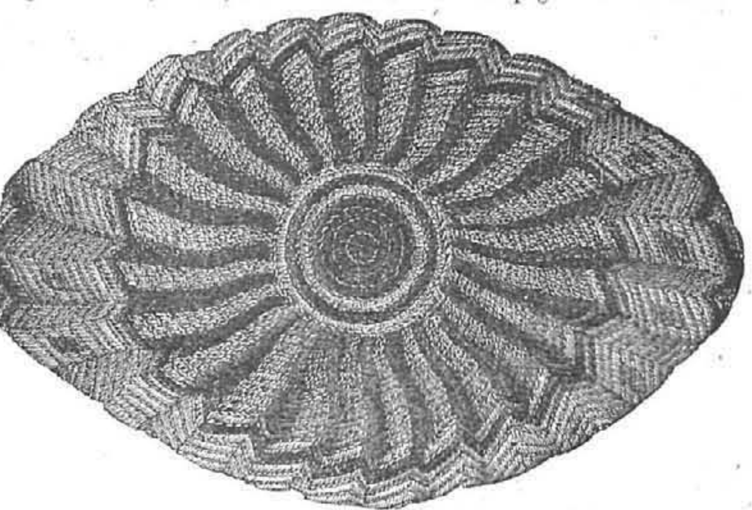
Se hacen aun 5 vueltas iguales á la 2.ª, disponiendo las bridas como lo indica el dibujo: despues de la última se hace la vuelta siguiente: 1 punto sencillo, —3 en el aire, — otro sencillo, y así sucesivamente, pasando por debajo de los puntos en el aire dos puntos de la vuelta anterior; en cada uno de estos festoncitos se atan hebras de 12 á 14 centímetros de largo.




DIBUJO DE TAPICERIA.



N.º 1.—PORTA-MONEDA AL CROCHET, TAMAÑO NATURAL.



N.º 2.—FONDO DEL PORTA-MONEDA AL CROCHET.

CUENTOS CAMPESINOS

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA.

Lo que es poesía.

I.

Si yo fuera rey absoluto y así como hay máquinas para medir el tiempo, las hubiera para medir el sentimiento, habia de dar un real decreto que dijese:

«Pues señor, no se permite hacer versos al que no tenga tantos ó cuantos grados de sentimiento.»

Anoche me asomé al balcon á tomar el fresco y á contemplar el azul del cielo, ante cuya serenidad suelo decir á mi alma:—«Aprende, aprende á estar serena,» — y oí el siguiente diálogo entre la criada del cuarto segundo y el criado del cuarto principal de la casa de en frente:

—¿Qué hora es ya, Perico?

—Las doce.

—Ya pronto vedrán mis señores.

—Y los mios tambien.

—¿Te toca salir mañana, Bonifacia?

—No, pero voy á pedir licencia á mi señora, como son mis dias...

—¡Y que tienes razon, chica! Que los tengas muy felices.

—Con dos cuartos de narices.

—Te voy á sacar unos versos.

—¡Si, buena cabeza tienes tú para eso!

Trás, trás á la puerta los señores del cuarto principal, y se llevó Pateta la conversacion de Perico y la Bonifacia.

Me alegré de que así sucediera, porque si no cometo la imprudencia de gritar á la Maritornes de en frente:

—Oiga Vd., los versos no se sacan de la cabeza, que se sacan del corazon.

Quizá el vecino de el lado, que tambien tomaba el fresco en su balcon y presume de perito en la materia, hubiera terciado en la cuestion, diciéndome.

—Perdone V., señor mio, que los versos pueden sacarse lo mismo de la cabeza que del corazon. Lo que solo se saca del corazon es la poesía.

—El que ha de perdonar es Vd., le hubiera yo replicado. Si por versos entendiera el vulgo las palabras que escritas forman *renglones desiguales*, y habladas *se pueden cantar*, santo y muy bueno, pero como el vulgo entiende por los versos poesía, he hecho perfectísimamente en advertir que los versos se sacan del corazon y no de la cabeza.

El vecino de al lado hubiera caido de su burro á fuer de hombre razonable, y Vd., lector mio, que es aun mas razonable que él, hubiera caido tambien del suyo, dado caso que desde su balcon me hubiese hecho observacion parecida.

Repito, pues, que si yo fuera rey absoluto y se pudiera medir el sentimiento, base fundamental de la poesía, habia de mandar poner en limpio y autorizar con mi firma y sello el real decreto cuya minuta queda archivada en el presente artículo.

Me dirá Vd., señor lector:

—Pero vamos á ver qué entiende Vd. por poesía, porque el epígrafe de su artículo le pone á Vd. en el compromiso de definirla, y Horacio...

—Hombre, si he de decir á Vd. la verdad, no entiendo mucho de Horacios ni de Curacios, pero creo que la poesía está definida con decir que es la *esencia de la belleza moral*.

—Pero, santo baron, ¿la belleza material no forma parte de la poesía?

—Justo, pero es porque los objetos hermosos engendran ideas y sentimientos hermosos tambien. El rosal *es poético, pero es porque produce rosas.*

—Estamos conformes, pero á qué viene ahora explicar lo que es poesía, cuando todos los que la cultivan saben mejor que Vd. definirla?

—Si yo fuera á escribir este cuento para esos, hablaria Vd. como un libro... como un libro bueno, que no todos los libros hablan bien; pero como lo escribo para los que todos los dias oyen campanas y no saben dónde, la observacion de Vd. no pega. Todo el mundo oye hablar á cada instante de poesía, y de cada cien que oyen esa palabra, hay noventa y cinco que ignoran su significado. Pregunte Vd. á cualquiera de esos noventa y cinco ¿qué es poesía? y contestarán riéndose como cuando se pregunta: «¿Nuestra Señora de marzo, en qué mes cae?» «¡Toma, qué ha de ser! versos.»

Ahora bien: ¿por qué no ha de haber quien haga un esfuerzo á ver si *llamando pan al pan y al vino vino*, consigue explicar á tantos que no lo saben lo que con procedimiento distinto no ha conseguido explicarles ninguno de los que han compuesto poé*ticas, desde Aristóles hasta* Martinez de la Rosa?

Quien vá á hacer esa prueba soy yo, y milagro será que no me salga con la mia, gracias á *mi método*, que no á mi habilidad.

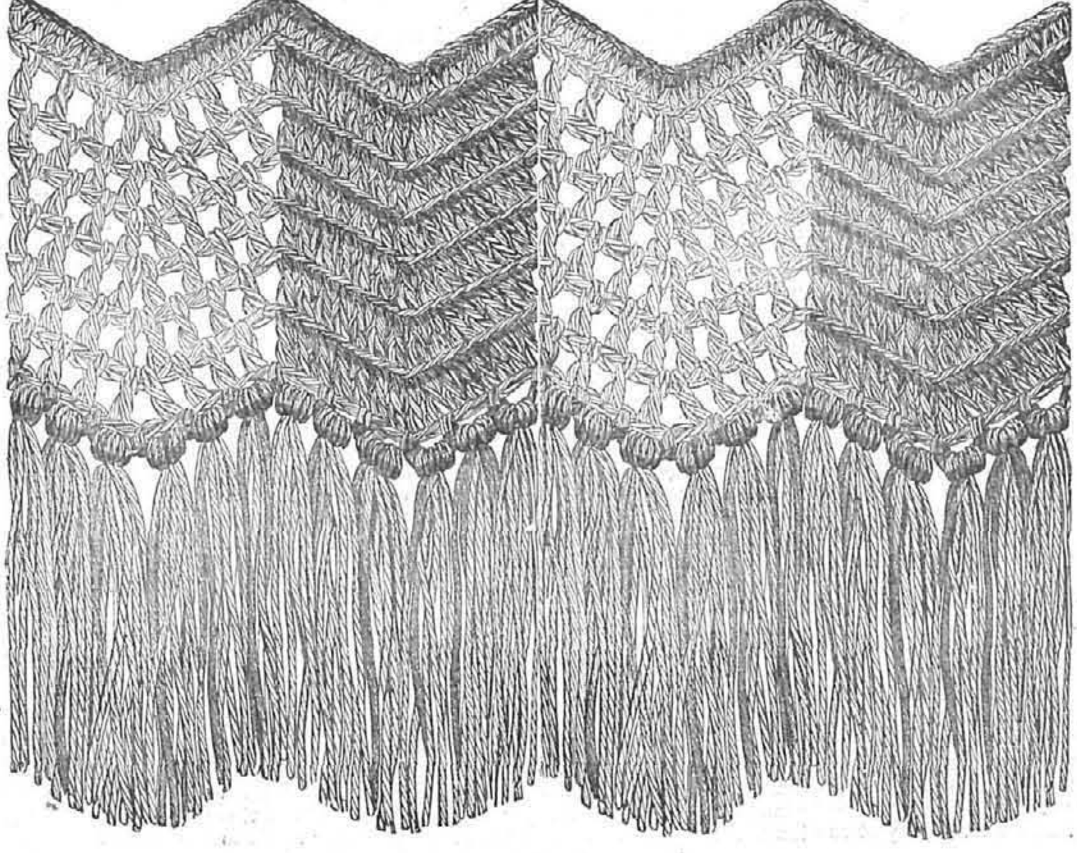
II.

Recuerdo al llegar aquí que no es esta la primera vez que intento explicar *lo que es poesía* á personas para quienes Aristóteles está en griego, Horacio en latin, y Martinez de la Rosa en lenguaje demasiado fino; pero desgraciadamente mi auditorio fué entonces tan escaso, que casi prediqué en desierto.

Voy á referir el caso, que los recuerdos han sido siempre la comidilla de mi alma.

En Villaviciosa de Odon tiene mi amigo Pepe una hermosa posesion, donde reside con toda su familia, dedicado, mas por aficion que por necesidad, á la agricultura, y allá suelo ir en primavera y verano á pasar algunos dias.

A Ana, la mujer de mi amigo, que es modelo de esposas y de madres, le ha sucedido una cosa muy parecida á lo de a-



ORLA CON FLECO.

quel personage de comedia que habia estado cuarenta años hablando en prosa, sin saber que poseia tan rara habilidad. Ana ha estado cuarenta años siendo poetisa sin saberlo, bien al contrario de otras mujeres que están toda la vida siendo poetisas sin saber que no lo son.

Eran las doce de un hermoso dia de junio cuando llegué á casa de mi amigo Pepe.

El perro Leon, que tambien es muy amigote mio, salió á recibirme buen trecho antes de llegar á la casa, diciéndome con sus saltos y zalamerías—«¡Dichosos los ojos que le ven á Vd.!» y un guindo que se asomaba á la pared de la huerta para dar dentera con sus guindas á los chicos, me dió un apabullo en el sombrero al ver que pasaba sin hacerle caso.

Al subir la escalera me pareció oir leer, y un momento despues noté que el ruido de mis pasos habia hecho interrumpir la lectura.

En un hermoso comedor, desde el cual se bajaba á la huerta por la escalerilla de madera sombreada por una pomposa parra, estaban Ana, Mariquita, Luis y Pepito.

Ana cosia; Mariquita, que era una chica de quince años, con una cara que siempre me salga á mí cuando juegue á cara ó cruz, tenia en la mano un libro medio cerrado, y Luis y Pepito, gaterillas de cuatro á seis años, procuraban romper la cabeza al busto de un famoso socialista para ver si tenia algo dentro.

Luis y Pepito corrieron á mi encuentro, y como yo les preguntase si habian sido buenos, me contestaron que si les llevaba dulces.

Despues de los saludos de ordenanza, me dijo Ana que su marido estaba hacia dos dias á la feria de no sé dónde, y le esperaban aquella noche.

—¿Con que estaban Vds. de lectura?

—Sí, en algo se ha de pasar el tiempo.

—¿Y qué leia la Marujilla?

—Un libro de poesía que ha compuesto un poeta de Madrid.

—¿Y qué poeta es ese.

—Uno que viene todos los años el dia de la funcion á poner las banderillas á los toros.

—¡Banderillas un poeta! Mujer, está V. loca?

—Pues sí señor que es un banderillero de aficion.

—Pero no será poeta.

—Sí que lo es.

—¿Y en qué se le conoce?

—Toma, en que cae en copla lo que dice ó escribe.

Cojí el libro que Mariquita tenia en la mano, leí cuatro versos, y como para muestra basta un boton, repliqué:

—Ni ese señor banderillero es poeta, ni en este libro hay poesía.

—¿Pues qué hay?

—Versos.

—Llámele V. hache.

—Pues no lo llamo.

—¿Otra te pego, Anton! ¿Con que poesía y versos no son una misma cosa?

—No señora: puede haber en un libro versos y no haber poesía, y puede haber poesía y no haber versos.

—¡Anda morena! ¿Pues qué son los versos?

—Antes de contestarle á Vd. quiero hacerle una pregunta. ¿Cuántos vestidos tiene la Mariquita?

—Yo le diré á Vd., decentes no tiene mas que dos, uno de ellos verde y otro azul.

—¿Y con cuál de ellos está mas guapa?

—Con el azul. Y ya lo sabe ella, la vanidosota, que se despepita por ponerse el azul y no el verde.

—Pues mire V. Ana: la poesía no tiene mas que dos vestidos decentes; uno de ellos es la prosa y el otro el verso, y como con el verso está mas guapa que con la prosa, se despepita por ponerse ese vestido y no el otro.

—Pero si los versos no son poesía y sí solo el vestido que mejor le sienta, ¿qué es poesía?

Al hacerme Ana esta pregunta, oimos hácia la escalera una vocecita que decia.

—Una limosnita por amor de Dios, que no tengo *pade* ni *made*!

Luis y Pepito que acababan de convenvencerse de que la cabeza del famoso socialista no tenia nada dentro, echaron á correr hácia la escalera.

—Mamá, es una niña que está comiendo un troncho. Ay qué asco!

—Decidle que entre.

En efecto, una niña como de seis años, casi desnuda y royendo un troncho de berza entró en el comedor.

—Hija, le dijo Ana, quitándole el troncho y tirándole á la huerta, ¿por qué comes esa porquería?

—Tengo *hambe* contestó la niña haciendo un puchero y llenándosele los ojos de agua.

—Pobrecita! exclamaron Mariquita y Ana.

—De dónde eres hija? añadió la segunda.

—De *Navalcanero.*

—Y tus padres.

—No tengo *pade* ni *made,* que se han *mueto* del cólera.

—Hija de mi alma! exclamó Ana arrasándosele los ojos en lágrimas y besando á la niña sin reparar en la suciedad de que estaba cubierta. ¡Por qué su Divina Majestad no se habrá llevado á esta criatura al llevarse á sus padres! ¡Qué dolor, Señor, qué dolor!

Y así diciendo, Ana corrió á la cocina, y dando cada suspiro que se oia en el comedor, en un abrir y cerrar de ojos preparó una cazuelita de sopas con el mejor caldo del puchero, y se la trajo á la niña, con el ítem mas de un buen trozo de carne y una rosca.

Mientras la niña comia, buscó Ana un vestidito y otras prendas que á la edad de ocho años habia desechado Mariquita, casi nuevas, porque le estaban ya chicas; y así que la huerfanita despachó su racion, le lavó la cara, trocó sus harapos por aquella ropa, y la despidió colmándola de caricias.

Ana tomó de nuevo su costura.

—Volviendo á nuestro pleito, me dijo, ¿qué es poesía?

—Poesía, contesté, es... esas lágrimas que aun tiene Vd. en los ojos, esos suspiros que aun se le exhalan á Vd. del pecho, eso que aun siente Vd. en el corazon.

—¡Ya! murmuró Ana empezando á comprender algo de lo que yo empezaba á explicarle prácticamente.

III.

—Mamá, ¿cuándo comemos? Jem! jem! yo queria comer! cencerreaban Luis y Pepito, zarandeando á su madre.

—Tened un poco de paciencia que ahora vamos! Jesus qué enemigos de chicos!

Ana dejó su costura, se fué á la cocina á hacer en mi obsequio una de las habilidades que reservaba para los dias de incienso, y yo me fuí á dar una vueltecita por la huerta, donde me estuve charlando con un mozo rubio que trabajaba en otra huerta separada de la de Pepe por una tapia que me llegaba al pecho.

Poco despues me pareció que Luis y Pepito andaban al morro al pié de la escalerilla del comedor, y eché á correr allá para poner paz entre los ruines. Los ruines, á quienes su madre habia mandado que me avisaran para comer, habian empezado á pescozones sobre quién habia de ir el primero.

Al subir al comedor, me encontré con la mesa mas *poética* que en aldea habia visto. Los cubiertos eran de boje y los platos de Talavera, pero ¡qué nuevecitos! y qué blancos los manteles! y qué canastillitos de variadas frutas! y que ramilletes de flores en los ángulos de la mesa! y qué gusto tan delicado en la colocacion de todo!

—Ana! dije, ¿y es Vd. quién me pregunta qué es poesía?

—Sí que se lo preguntó á Vd., porque todavía no me ha contestado como Dios manda.

- Poesía es esto.

—Poesía la mesa? Calle V. burlon!

—La mesa, y sobre todo lo que ha inspirado á Vd. todos estos primores.

—No tiene V. malos primores! ¿Qué tiene que ver la poesía con que á una le gusten las florecitas frescas, las frutas hermosas y los manteles blancos?

—Pues la poesía está en ese gusto, en el gusto delicado.

—Ay qué rico le tiene este! dijo Pepito clavando el diente á un hermoso albaricoque.

—Y está tambien la poesía en los albaricoques? añadió su hermano abriendo uno.

—Sí que lo está, contesté sonriéndome.

- Engañoso, que no tiene mas que hueso, me replicó Luisito.

Echámonos á reir con esta salida de pié de banco, y nos pusimos á comer alegremente, no sin que con frecuencia interrumpiera Ana la conversacion con un:—«¿Si habrá comido ya mi Pepe?»—O un:—«¿Dónde habrá comido hoy aquel?»—O un:—«¡Válgame Dios qué gobierno tendrá estos dias aquel pobre acostumbrado al arreglito de su casa!»—tiernos recuerdos y dulces inquietudes en que, como dije á Ana, habia mas poesía que en los versos de todos los banderilleros del mundo.

Estábamos echando un parrafillo de sobremesa, cuando los niños que habian salido al balcon del comedor empezaron á gritar muy alegres:—¡Tio Bailen! ¡tio Bailen! Mamá, dile al tio Bailen que suba á contar cuentos de soldados.

Ana se asomó al balcon y dijo á un anciano que pasaba par la calle:

—Tio Bailen, ¿no quiere Vd. subir á echar un traguillo?

—Allá voy, hija, contestó el anciano, que á un trago y un cigarro no se niega nunca el español.

Mientras el anciano subia, me contó Ana que le llamaban el tio Bailen porque su mayor dicha era contar lo que pasó en la batalla del mismo nombre, donde recibió una herida, de cuyas resultas quedó ciego. En efecto, el tio Bailen no veia mas que con los ojos del alma. Dios nos los conserve á todos.

Ana le alargó un vaso de excelente vino y yo un cigarro de excelente tabaco.

—Buen vino está este, dijo el pobre ciego, pero lo he bebido yo mejor.

—¿Dónde?

—En Bailen, cuando vencimos á Dupont. Estaba yo con una herida en la cabeza pidiendo por todos los santos del cielo un vaso de agua, cuando pasa el general Castaños y con su propia mano me escancia un vaso de vino y me lo dá mezclado con dos lágrimas que se le saltaron al verme con la cabeza acribillada. Aquel sí que era vino, voto á brios Baco!

—Vamos, tio Bailen, cuéntenos Vd. lo que pasó aquel dia.

El veterano se apresuró á complacer á Ana. Aquel dia de gloria en que treinta mil veteranos franceses rindieron sus armas á los piés de veinte mil reclutas españoles hambrientos, desnudos y casi inermes, pero inflamados por el santo amor de la patria y el recuerdo de la traicion y la iniquidad que habian acompañado á los invasores desde el Vidasoa al Manzanares, aquel dia de gloria era pintado por el anciano con tan vivos colores y tal entusiasmo, que nuestro corazon latia violentamente y las lágrimas escaldaban nuestra mejilla lo mismo que la del narrador.

—Ana, dije yo, ¿se siente algo de lo que ahora sentimos, leyendo el libro que ha compuesto el banderillero.

—No, nada de esto se siente.

(Se concluirá.)



A MI BUEN AMIGO

D. BARTOLOME ROCA Y FIGUEROLA.

....

Nada en el mundo me importa; por ventura
Cuando lloré con lágrimas de fuego,
¿No vió con el sarcasmo mi amargura?
¿No se burló de mis pesares luego?...

Lloré porque en el mundo, amigo mio,
Muy pocos son los que su mal no lloran;
Los que no sienten el dolor sombrío
Que en el misterio sin cesar devoran.

Lloré con mis canciones lastimeras
Que al alma en sus dolencias consolaron,
Y al agotar las lágrimas postreras
Mis ensueños tambien me abandonaron.

Lloré, y lloré porque dolor sentia
Sobre los pliegues de mi triste frente;
Porque tan pronto una ilusion perdia,
Mas se aumentaba este dolor ardiente.

Falsos amigos mi amistad pisaron
Y con bárbara mano al pensamiento,
Los sueños de inocencia le arrancaron
Y hoy en el alma la amistad no siento.

Yo ví al infame en derredor vestido
De cien rayos de luz deslumbradores,
Y al hipócrita pérfido escondido
Como la sierpe entre olorosas flores.

Yo ví cruzar ante mis tristes ojos
La humillada virtud siempre llorando,
Y á víctimas de lúbricos antojos
Yo ví tambien sus penas devorando.

Hé visto tras la máscara engañosa
Con que oculta maldades la hermosura,
El corazon de la mujer viciosa
Siempre mintiendo, encenagada, impura.

Yo ví correr á la codicia innoble
Con torpe afan tras el poder del oro,
Y al avariento endurecido, inmoble
Para enjugar de la desgracia el lloro.

Cuando á través de mi fatal quebranto
Miserias tantas mis sentidos vieron,
Causóme el mundo repugnancia, espanto;
Los hombres á Satán me parecieron.

Y llegué á maldecir á mi fortuna
Que así en el corazon me destrozaba
La flor de la ilusion, y una tras una
Gotas de hiel en su lugar dejaba.

Y al mundo aborrecí, pues mi cariño
Destruyó con la flor de la inocencia,
Y entonces caminé siendo muy niño
Por la senda fatal de la experiencia,

Y detrás de tan rudo sufrimiento
¿Quieres hacerme de este mundo esclavo?
¿Pretendes sofocar un sentimiento
De que yo mismo sin cesar me alabo?...

Ya que al mundo no debo ni un consuelo,
Ya que conozco su perfidia insana,
Deja que sueñe en amoroso anhelo,
Que tiempo habrá para llorar mañana.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

LA VIOLETA



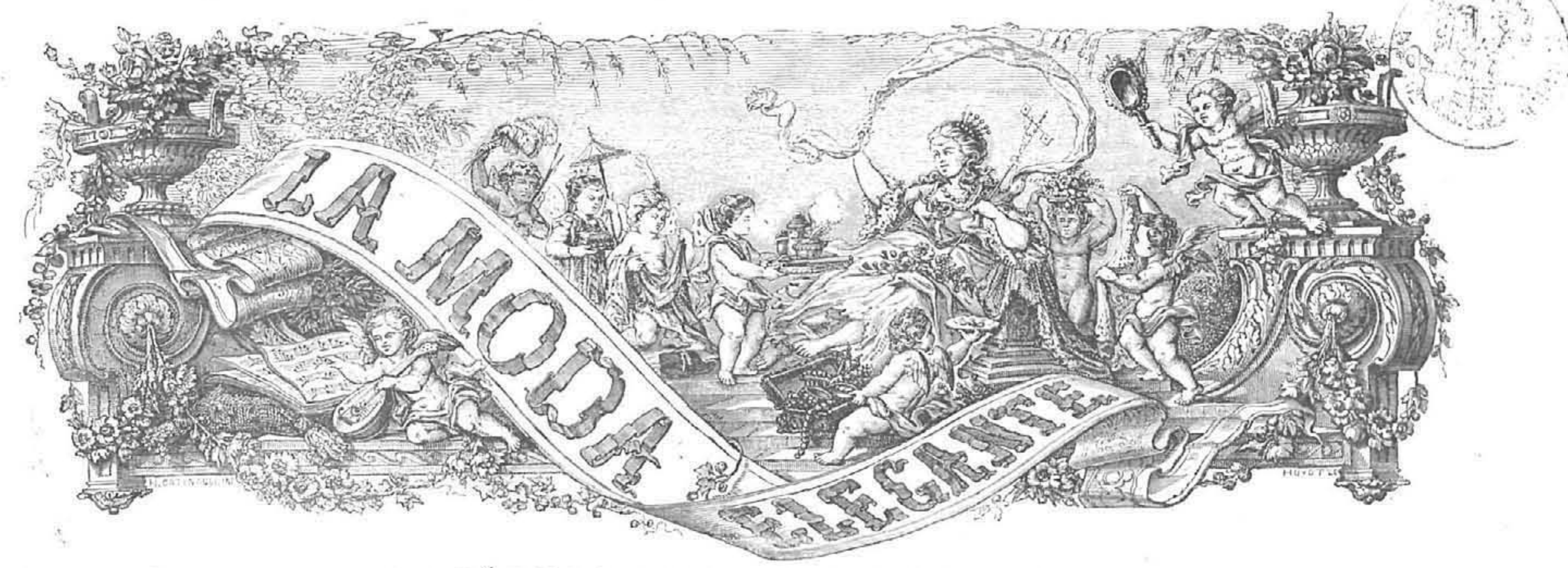
LES MODES PARISIENNES

Bureau du Journal, 20, r. Bergère



LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz



AÑO XXII. **PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,** NUM. 9.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,
Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.	PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.	PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.	**En las Américas Españolas**	**En los demás estados de América.**
EDICION ECONÓMICA.	EDICION ECONOMICA.	EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.	Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.	Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.	**Precio de la edicion de lujo.**	**Precio de la edicion de lujo.**
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.	Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.	Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.	DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**	**Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.**

Sumario.—Mantilla española.—Dibujo de tapicería para tapetes, taburetes, etc.—Dibujo de tapicería para cogin.—Rizado de hojas para guarnicion de trages, manteletas, etc.—Pantalla á punto de aguja.—Sombreros.—Encage á punto ruso para trages.—Explicacion del grabado de modas.—Carta á Teresa.—A Colon: oda.—A la distinguida Junta de Damas.—El Doctor Antonio.—El Carnaval.—Explicacion del figurin iluminado.—Solucion del geroglífico.

Mantilla española.

Esta mantilla se une á una capucha, cubierta por una fanchon; se hace de tul negro con dibujos, guarnecida de un encage negro y de cintas de terciopelo negro; la capucha va orlada por un rizado, y la adorna por el lado derecho un grueso ramillete de flores de granado; los cabos de esta mantilla son muy largos: se cruzan y se sujetan por detrás en el talle, ó bien se los deja caer por delante. Se lleva sobre un corpiño escotado y se usa para teatros, conciertos, etc. Por la jareta se pasa una cinta, que se ata detrás del cuello; las bridas de la capucha son igualmente de terciopelo negro.

Dibujo de tapicería para taburetes, tapetes, etc.

Se ejecuta este dibujo con dos puntos del mismo color sobre un fondo de un punto de color todavía mas oscuro, esto es, con tres puntos del verde, del grosella ó del azul. Nuestro dibujo indica, no solo la direccion y el número de los puntos, sino tambien los hilos del canevas. Las estrellas oscuras se componen de cuatro puntos rectos y de cuatro sesgados, ejecutados con lana verde del color medio; las estrellas mas claras, colocadas entre las puntas de las anteriores, se hacen con lana verde de color mas claro; cada una de las puntas de estas últimas estrellas se compone de 4 puntos sesgados en cada lado, ocho en todo para la punta entera; los espacios intermedios se rellenan con un verde bastante oscuro. Ejecutado sobre canevas muy fino, este dibujo servirá para zapatillas, sacos de viage, etc. Sobre canevas de mediano grueso; se empleará para taburetes, cogines, etc.; en fin se escogerá canevas muy grueso si se quiere ejecutar un tapete, una alfombra de cama, etc.



MANTILLA ESPAÑOLA.

Dibujo de tapicería para cogin.

Se empleará para su ejecucion: canevas, lanas apropiadas para el canevas, seda de Argel color maiz.

La extremada sencillez de este dibujo no ha de tenerse como razon para estimarlo en poco; el efecto que produce es muy bello. Los puntos negros se hacen con lana negra; el fondo es de lana azul Méjico ó grosella; cuando la tapicería que se hace toda entera formando cruces, se termina, se rodea cada grupo de nueve cruces negras con 4 puntos largos, ejecutados con seda maiz ó blanca; estos puntos se indican en nuestro dibujo por rayitas blancas. Es supérfluo decir que el cogin seria mas elegante si el fondo se ejecuta con seda de Argel.

Rizado de hojas, para guarniciones de trages, de manteletas, etc.

Se puede ejecutar este rizado de cualquier ancho y de cualquier color. Se le coloca encima de los volantes en los trages de baile ó de visita, y en fin, se emplea como los rizados *escarolados* y á la *vieja* en todas las guarniciones de los vestidos.

Para ejecutar un rizado semejante al de nuestro dibujo, se toma una tira (sesgada) de tafetan, que tenga un poco mas de 5 centímetros de ancho: se la dobla por cada lado de modo que los bordes estén colocados uno sobre otro, y que la tira no tenga mas que 2 centímetros y medio de ancho: se corta, por consiguiente, el tafetan un poco mas que doble en ancho del que se quiere dar al rizado. Despues de haber hilvanado por el revés los bordes, se ejecutan las hojas; se hacen en el medio de la tira los tres puntos, tales como se ven en la aguja ensartada, se saca la aguja, se tira de la hebra frunciendo el tafetan y haciendo algunos puntos, despues se reunen los dos lados de la tira asegu-

nº 10



LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

EL HOMBRE DE LA LLUVIA.

Era uno de esos dias en que la atmósfera, con su uniforme tinta pesa *sobre los hombres, en que las nubes* parecen desprenderse del cielo, y en que la lluvia, cayendo sin cesar con monotono ruido, inunda la tierra de tristeza y de aburrimiento.

Estos insípidos dias, en que la naturaleza parece quererse convertir en un inmenso monton de lodo, son insoportables en todas partes, y por consiguiente en Berlin. Las calles se transforman en playas desiertas, cubiertas de verdaderos lagos, donde vienen á afluir en desórden los mas fangosos arroyos, los mas negros torrentes: las casas toman un color melancólico, los carruages súcios manando *agua á chorros, atraviesan con aire desesperado* pantanosos terrenos; y si se encuentra un hombre, de seguro se le oye estornudar.

En tales dias el que se vé obligado á salir á la calle se halla en una situacion *bien perpleja*. Mojado por arriba, mojado por abajo, salpicado por todas partes, no sabe si ha de cubrir con su paraguas sus piernas ó su cabeza, y si debe ponerse sus chanclos de goma en los piés ó en las manos.

Pues bien, en uno de estos graciosos dias, el portero Rumpelmann se hallaba á la puerta de la casa confiada á su guarda mas áspero todavía que el tiempo. Ya se rascaba la cabeza, en parte calva, lo cual desordenaba su gorro; ya, sacando el pié de su pesado zapato, hacia un gesto cual si hubiese bebido alguna pócima de botica.

«¡Pero *Dios mio esto es un verdadero* diluvio!» dijo comenzando un monólogo á dos voces.» Ya yo no habia conocido ayer en mis callos que hoy lloveria. Pero esto es demasiado; mientras mas agua barro, mas entra; renuncio pues á mi inútil trabajo.» Y diciendo esto, arrimó la escoba á la pared, y se entró en su cuartucho para buscar un periódico á fin de echar una ojeada á los acontecimientos de la Europa.

En la calle, el agua seguia cayendo á torrentes, no con aquella violencia tempestuosa que hace presagiar su *próximo fin, sino con* aquella cansada continuidad que desespera. Fuera del incesante caer de la lluvia, ningun otro sonido se oia, solo de vez en cuando el melancólico rodar de algun carruage de alquiler se escuchaba á lo lejos, ó *bien el precipitado* paso de algun transeunte pedestre, chapoteando en el lodo y echando hácia delante su paraguas en la enérgica actitud del soldado que marcha al asalto, venia á turbar el silencio de la dormida naturaleza.

De repente pasó una jóven, ligera Atalanta, llevando valerosamente su paraguas con ámbas manos. Su trage, artísticamente recogido, dejaba ver un pié pequeño, elegantemente calzado con *coquetos botitos, que buscaba los sitios mas secos*, ó por mejor decir los menos mojados de la acera.

A diez pasos detrás de ella caminaba un jóven, que parecia pertenecer á la clase media. No llevaba paraguas, y la lluvia corria de su cuerpo al suelo, semejando un sauce lloron cuando se moja.

«He aquí una dama que me parece muy graciosa,» exclamó el tal con viveza al pasar precisamente por delante de la puerta de la casa; y no tener paraguas!... es cosa terrible. Es necesario que yo cese en mi paseo... llueve sin compasion.»

Diciendo esto, penetró en el portal de la casa, y, quitándose su sombrero, le consideró con aire consternado.

«¡Pero esto en rigor no es un sombrero!» dijo; «es una esponja; y eso que me lo habian vendido como impermeable!»

Y diciendo esto se puso á sacudirlo vigorosamente para desembarazarlo un poco del agua que habia penetrado por todos sus poros.

«¿Qué es eso! mire V. lo que hace!» gritó con voz acatarradora el portero, el cual, al salir de su cuarto en el instante mismo con su periódico en la mano, habia *recibido toda el agua del* sombrero *en la mitad de su* cara.

«Perdone V.., no lo habia visto!» respondió el jóven, siempre ocupado de su sombrero; en seguida se puso á sacudirlo de nuevo con mayor vigor, si bien en distinta direccion.

«Cómo cómo, eh! Sacuda su sombrero en la calle y no en mi cara.» *Exclamó gruñendo el portero*, el cual, habiendo cambiado de sitio para librarse del rocion, recibió por lo mismo una segunda y mas abundante ducha.

«Es V. demasiado bueno,» replicó cortesmente el jóven, y sin esperar la nueva patochada que sin duda preparaba el portero, *miró á la calle y exclamó con entusiasmo*:

¡Oh Dios mio! bien quisiera continuar mi paseo; pero no tengo paraguas. En fin, tal vez me prestarán uno en esta casa.»

Ya se dirigia rápidamente hácia la escalera, cuando el portero con voz de trueno le preguntó adonde iba.

«Voy á ver si hay quien me preste un paraguas, dijo el jóven, subiendo los primeros escalones; pero el portero asiendo de entrámbos faldones de su levita, le hizo bajar, gritando con voz cada vez mas colérica:

«¿No vé V. *que las escaleras se acaban de limpiar?* Hágame V. el favor de no hacer otra majadería, ó lo pongo de patitas en la calle. Me entiende V.?»

«¿Pero V. no tiene entrañas; ¿Puede V. mirar con ojos enjutos este sombrero?»

Y diciendo y haciendo, cogió el delantal del portero y empezó á enjugar con él su sombrero. Esta audacia inaudita sofocó á tal punto á Rumpelmann que se quedó con la boca abierta y completamente aturrullado delante de su antagonista. Pronto se repuso sin embargo, y arrancó con violencia de sus manos el delantal *frotándolo en seguida para que se secase*.

El jóven le miró silencioso algun tiempo; luego le dijo con un tono melancólico que parecia particular á su naturaleza.

«¡Hombre cruel! ¿No tendria V. por acaso un paraguas que prestarme?»

«Mi mujer ha salido y se ha llevado el mio, respondió bruscamente Rumpelmann; y aun cuando lo tuviese, tendria el mayor gusto en negárselo á V.»

Esto dicho, se sentó en una silla, volvió la espalda al jóven, y continuó la lectura de su periódico.

«¡Qué amable es este señor!» dijo para sí el jóven; pero sin embargo, volvió á acercarse al portero, le puso suavemente la mano en el hombro, y le dijo con dulce voz:

«¿Quiere V. que le cuente mi historia, señor conserge?... ¿No quiere V. contestarme?... ¿Por qué?... ¿Seria V tan injusto que condenase á un jóven antes de examinar los motivos de su conducta?

Pero yo quiero volver el bien por el mal; y para ahor*rar á V. cualquier penoso interrogatorio, voy* á descubrirle mi corazon. A mí me gusta la lluvia. V. no comprende esto, pero no importa. A mí me gusta la lluvia, mas aun, yo adoro la lluvia, y voy á decirle á V. por qué. Aquí donde V. me vé me llamo Wachtel, soy grabador... un hombre que tiene necesidad de luz, de la buena luz del dia. Cuando la lluvia azota mi ventana, hoy por ejemplo, entonces pienso que el destino me favorece, y es como si me dijera: Vamos, Wachtel vé á pasearte y á gozar de la vida, porque tú eres un hombre como otro cualquiera. No pudiendo trabajar, me visto y me echo *á la calle*. Ay! qué bien hace el pasear, sobre todo cuando se tiene un corazon tierno y sentimental como el mio! Entonces, cuando se tiene un paraguas, se puede prestar un gran servicio á las damas que caminan temerosas por las húmedas aceras. Vea V. aquí por qué, Sr. conserge, yo adoro la lluvia, y vea V. aquí por qué he tenido hoy la dicha de hacer conocimiento con V.»

Durante el discurso del grabador, el portero se habia ido dulcificando poco á poco, y cuando el jóven dejó de hablar, volvió su silla, dejando caer el periódico, del cual en realidad nada habia leido, y dijo con maligna sonrisa:

«Hola, hola! Parece que es V. inteligente en esto de lluvia. *Lo propio le sucede al amo de esta casa, un médico*, que olfatea el mal tiempo como un podenco á una perdiz. Esta misma mañana señalaba al cielo y me decia: He ahí una nube que amenaza tener diarrea.»

Iba á continuar iniciando á M. Wachtel en los conocimientos meteorológicos de su amo, cuando una criatura vino á llamarle para que frotara la antesala. Rumpelmann se vió entonces obligado bien de mala gana á dejar á su nuevo conocido, el cual se dirigió hácia la calle, donde la lluvia dejaba aun oir su monotona y triste música, y la que continuaba completamente desierta. De súbito los *asombrados ojos de Wachtel se animaron con nuevo* brillo, su faz se iluminó con una repentina alegria, y sus miradas se fijaron obstinadamente en un objeto que acaba de descubrir á la derecha de la calle.

«Es una dama!» exclamó en fin transportado de gozo, y de un salto se colocó detrás de la puerta.

En efecto, algunos instantes despues, una jóven, sin paraguas entró en el portal; sacudió sus vestidos mojados y penetró mas adelante en la casa.

Hecho esto, volvió hácia la puerta para ver si iba pronto á escampar, cuando Wachtel salió repentinamente de *su escondite* y *le hizo un profundo saludo*.

La dama, sorprendida, dió un paso atrás, creyendo que fuese algun inquilino que deseaba salir; pero como Wachtel repitiese de nuevo su saludo, se volvió con aire de descontento, dirijiéndose de nuevo hácia el interior de la casa.

Wachtel no estaba dispuesto á dejarse despedir tan fácilmente. Persiguió con rápido paso á la dama, dirijiéndole por fin un tercero mas profundo y mas respetuoso sa*ludo, acompañándolo* con estas palabras, dichas con voz tierna y melancólica.

»Se ha equivocado V., señora, no queria pasar... Además, ¿cómo pudiera yo pensar en salir á la calle con semejante tiempo?»

La dama se dirigió *á otro lado del portal*, y volvió de nuevo la espalda á Wachtel. Este tornó á aproximarse, y la dijo con almivarado tono:

»Perdone V., señora, he olvidado hacerle mi presentacion... Me llamo Wachtel; soy grabador, y salgo cuan*do llueve, para prestar* mis servicios á las personas que no han tenido la prudencia de preveer el mal tiempo.

—»Doy á V. gracias, caballero,» respondió la dama con tono cortés pero frio; »no tengo necesidad de nadie y espero á mi marido que debe pasar por aquí.»

—»Su señor marido de V. es por lo visto el mas feliz de los mortales,» replicó el jóven sin desconcertarse; »pero aquí en este portal, ex*puesta al aire, vá V. indefectiblemente á constiparse.* No me atrevo á ofreceré á V. mi brazo y mi paraguas, porque no tengo paraguas; solo puedo ofrecer mi brazo... Acéptelo V., señora, yo se lo suplico.»

La jóven se volvió un poco y miró á su interlocutor. Vió que su atrevimiento nacia en parte de un exceso de cortesía, exceso muy raro hoy, y aunque esto le hizo mirarlo con alguna indulgencia, se resolvió sin embargo á darle una buena leccion.

»Es V. muy jóven, caballero, le dijo, y quizá no sabeis aun que se corre riesgo de ofender á una mujer *cuando uno se le muestra exageradamente solícito*. Yo le aconsejo, si quiere evitar lecciones mas severas, que modere ese carácter demasiado servicial. Para librarme de él voy á pedir al conserge de esta casa una hospitalidad que espero no me rehusará.» Y diciendo esto hizo la leve inclinacion de cabeza y entró en el cuarto del Rumpelmann.

Wachtel, reducido al silencio, la siguió con los ojos, mostrando confusion y arrepentimiento, despues se puso á medir el terreno á pasos ya á lo largo y ya á lo ancho, mientras reflexionaba acerca de las *advertencias que acababan de dirijírsele con tanta firmeza como dulzura*.

En una de estas evoluciones, tropezó de improviso con un objeto flexible y mojado que no se hallaba allí un momento antes. Era un extranjero que cerraba su paraguas. Una idea súbita iluminó como un relámpago la mente del grabador. El extranjero tenia en efecto un paraguas, y un paraguas era el objeto á que se dirigian todos los deseos de Wachtel. Este juntó sus suplicantes



HABIA COJIDO EL DELANTAL DEL PORTERO.

manos, y rogó con la mayor eficacia al extranjero le prestase su paraguas solo por una hora, diciéndole que en ello le iba la vida á un hombre, y que se lo volveria seguramente menos mojado de lo que entonces lo estaba. Entregó una targeta suya al caballero, el cual compadeciéndose de aquel infeliz, le alargó riéndose su paraguas; al mismo tiempo le dijo su nombre, y subió con presteza la escalera, puesto que era uno de los inquilinos de la casa. Wachtel agitó el paraguas con aire de triunfo, y salió á la calle para ver si continuaba todavía el aguacero.

(*Se concluirá.*)



Ha dias que nuestro estimable cofrade gaditano *El Precursor* viene consagrando una série de excelentes artículos á la necesidad del ensanche de Cádiz. El asunto es de tan vital interés que vamos tambien á ocuparnos de él, no con pretensiones de decir nada nuevo, sino con el solo objeto de llamar la atencion de las personas que esto lean acerca de los expresados escritos, llenos de exactísimas ideas y de copiosos datos. Esto y no mas nos proponemos.

Que nuestra poblacion necesita ensancharse, y ensancharse mucho, es cosa que está en la conciencia de todos; pero es el caso que la conciencia sola no basta para ensanchar una poblacion, y de ahí es que ya no lo esté; se necesita pedir, gestionar, moverse en una palabra; porque lo que en casi todas partes es cosa sencilla, fácil, consecuencia natural, en fin, de las necesidades de un pueblo que crece, aquí se presenta erizado de dificultades que no bastan á resolver ni el deseo ni el interés individual. Cádiz es una plaza amurallada, y las murallas pertenecen, no ya á la poblacion, sino al estado. Cádiz no puede resolver este punto por sí sola, pero puede clamar para que se resuelva en beneficio suyo; puede clamar para que se le dé terreno, que hoy no tiene, porque aunque lo tenga es como si no lo tuviese, puesto que no puede disponer de él.

No hay gran ciudad en el mundo, de las que cuentan cierta antigüedad, que no haya tenido murallas en algun tiempo. Cádiz las tuvo tambien, y si esa razon hubiera valido algo para nuestros progenitores, si á toda costa se hubiera querido entonces respetar lo existente, esta es la hora en que Cádiz viviria encerrada en el recinto que le trazó Don Alonso el Sábio, y que el arco del Pópulo, el de la Rosa y el de los Blancos serian todavía las puertas de nuestra ciudad, la cual se veria reducida á la media docena de calles estrechas, miserables y súcias comprendidas en aquel mezquino espacio. ¡Ciertamente que hariamos un brillante papel en el mapa de España!

Pero Cádiz ya no cupo en Cádiz, que es lo que en rigor si no le sucede ahora está por lo menos muy á punto de sucederle: prescindióse de sus respetables y veneradas murallas, y se alzó primero el barrio de Santa María, que por malo que hoy nos parezca fué ya un adelanto tal que mereció los encomios mas cordiales del Padre Concepcion en su *Emporio del Orbe*, libro curioso por demás, en el que se intenta demostrar que los Macabeos y la Virgen Santísima pertenecian á estirpe gaditana. Tras aquel barrio se fundó el de Santiago, y luego los demás en proporcion de la importancia y vecindario de este pueblo. Conforme iba creciendo la ostra, crecian tambien sus valvas, como era consiguiente; pero es el caso que la ostra sigue creciendo, y que le sucede lo que al niño que ya no cabe en su cuna y necesita una cama. Ello es preciso; el niño vá siendo grande, y no ha de dormir haciéndose una rosca como los perros.

Decia Figaro que la poblacion de Madrid al crecer, no se salia por las puertas, como era lo natural, sino por arriba, como se sale el chocolate cuando hierve. Búscase, no la *tierra, sino las nubes*, y en vez de hacer una casa, se hacen otra y otras sobre aquella, con lo cual se quita la luz y se dificulta la circulacion del aire. Como las calles no pueden ensancharse en proporcion, resulta que los transeuntes ven solo como por cerbatana una ceja de cielo: así el que vive en un piso bajo está seguro de no ver nunca la cara del sol, á menos que no vaya á buscarlo á sitio mas despejado.

¿Y qué dirá á esto la higiene pública? Esta señora está muy en su derecho para decir lo que quiera, pero el propietario que labra solo tiene en cuenta que una casa de cuatro pisos habitables le cuesta mucho menos que dos de á dos, especialmente si labra en sitio donde vale muy caro el terreno, y siendo el terreno en Cádiz tan escaso, resulta que vale mucho. De aquí es que creciendo la poblacion se hayan de encarecer las casas, y como por otra parte no hay aquí donde hacer nuevas en el número que las necesidades exigen, al menos mientras tropecemos por todas partes con el mar y con las murallas, vendremos á tener lo que hoy tenemos, es decir, precios de alquileres exhorbitantes y aterradores.

No hay pues medio: ó ser propietario ó tenerse que poner á dieta ténue, si es que se ha de vivir en una casa. Si esto sigue así, si las subidas continúan menudeando en la escala ascendente que llevan, la mitad de la poblacion tendrá que acamparse en la Caleta ó en el paseo del Peregil, á menos que no se permita habitar en carros, á ejemplo de la familia propietaria del panorama que há meses se levantó en la plaza de la Cruz de la Verdad.

Pero ni aun ese medio extraordinario pudiera intentarse si la poblacion continúa siendo lo que es, puesto que ni para eso tenemos terreno dentro de nuestros muros. El ensanche es por este concepto *de absoluta, de apremiante necesidad, fuera de* ser lo además por otras consideraciones.

En Cádiz las grandes fábricas, los grandes talleres no son posibles, porque no hay donde se coloquen, y aun colocados, no hay donde dejen de obstruir, de molestar.

La poblacion, hacinada materialmente, no deja hueco para el establecimiento de muchas industrias que darian ocupacion á muchos operarios y mucha riqueza al pueblo. ¿De qué le sirve á éste la mayor facilidad que su situacion marítima le ofrece para proveerse de las primeras materias y para dar salida á sus productos, si estas ventajas las pierde por falta de espacio?

Hemos pugnado, hemos clamado, hemos hecho sacrificios para tener un ferro-carril que llegue á nuestros muros. Pues bien, ese ferro-carril lo tenemos ya. ¿Qué nos prometemos con él? Sin duda que Cádiz aumente en importancia, en tráfico y forzosamente en poblacion. ¿Pero cómo aumenta una poblacion si no se le proporciona terreno donde vivir? Así pues, mientras dure el actual estado de cosas, el ferro-carril no puede dar los resultados que de él se esperan, y solo habremos conseguido el poder ir al Puerto, á Puerto Real ó á Jerez, no mas pronto que antes, pero sí con alguna mas comodidad. Esto habrá de ser todo.

Respecto á los medios de ensanche, á los medios de adquirir ese terreno que á toda costa necesitamos, diremos poco, puesto que es una cuestion acerca de la cual faltan aun datos. El formar terreno robando espacio al mar, tras de su escesivo costo, es probable que no llenase sino muy imperfectamente el objeto, puesto que, segun tenemos *entendido, gran parte* de ese no muy estenso terreno se reservaria para las obras del puerto proyectadas.

Queda pues como única mira la Puerta de Tierra, y aquí sí que nos tropezamos de lleno con las murallas, no solo porque nos cierran el camino, sino porque las ordenanzas no permiten construcciones de cierta solidez dentro del radio correspondiente al tiro de cañon de plaza. Y preguntamos ahora nosotros aunque sea curiosidad: ¿cuál es el alcance de un cañon hoy dia de la fecha? ¿Cuál lo será mañana? ¿Será cosa que para buscar el estremo del radio de alcance, y por tanto el punto donde se autorizan construcciones, tengamos que irnos hasta Sancti Petri? ¿Será cosa que hayamos de demoler á Puerto Real porque Mr. Amstrong ú otro tal nos lo deje dentro del tiro?

Barcelona y otras plazas han visto con gran placer suyo caer sus murallas, San Sebastian seguirá á aquellas muy pronto, la citada capital del Principado gestiona porque desaparezca su ciudadela. Si Cádiz no hace lo mismo, resígnese á no llegar á conseguir nunca la importancia á que está llamada por su posicion geográfica, porque el general impulso á que España entera obedece, la poblacion que no marcha, evidentemente ha de quedar olvidada en un rincon.

Concluiremos recomendando de nuevo los artículos que acerca de este importante punto ha publicado y publica el ya antes citado *Precursor*.

Francisco Flores Arenas.

Explicacion del figurin iluminado.

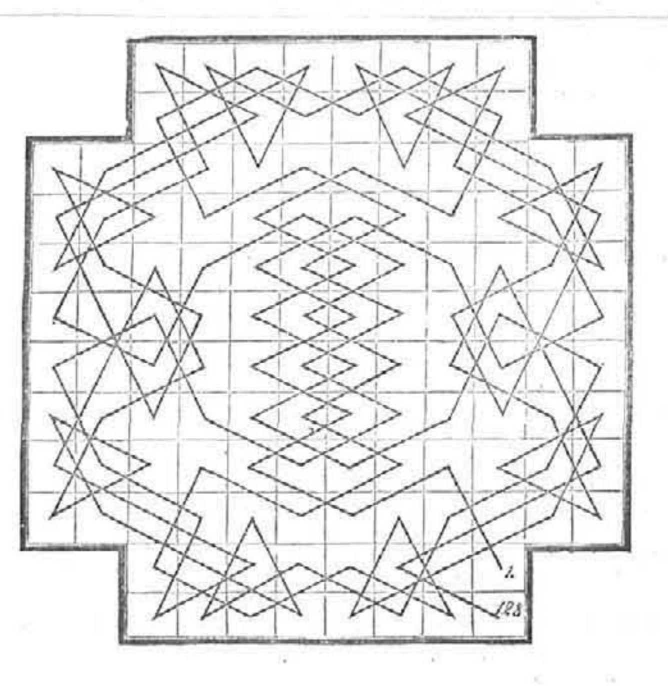
Trage de muaré antique lila. — Lo bajo de la enagua está guarnecido con tres tiras de felpa blanca separadas por un intervalo de 6 centímetros, teniendo la primera 8 centímetros de ancho, la segunda 7 y la tercera 6. El corpiño es liso y abotonado. Las mangas, semi-anchas, tienen por el borde una tira de felpa de 4 centímetros de ancho; otra tira algo mas ancha forma un jockey al rededor de la sisa. Talma igual al trage, entretelada, forrada de tafetan blanco pespunteado, con guarnicion de felpa. Sombrero de terciopelo lila y blonda blanca, adornado por abajo con una rosa salpicada de rocío.

Vestido de niña.—Trage de popelina color de fieltro, con filetes negros formando cuadros: este trage está guarnecido con dos tiras de terciopelo encarnado. El corpiño es una chaqueta con chaleco, que se cierra con botones de terciopelo encarnado. Tiras de esta última tela y color guarnecen la chaqueta.

Trage de tafetan negro.—Lo bajo de la enagua lleva dos volantes encañonados, el uno de 6 y el otro de 5 centímetros de ancho, sobre el cual corre una tira de tafetan blanco de 4 centímetros, orlada por arriba y por abajo con un guipur negro estrecho, y rayada por 5 cintas muy estrechas de terciopelo negro. A 5 centímetros de distancia se ve otra guarnicion igual á la anterior. Corpiño montante, abotonado; en cada delantero lleva una tira y cuatro alamares de tafetan blanco, de longitud graduada de abajo arriba, rayados con tiras de terciopelo negro y con orla de encage. Las mangas, semi-anchas, van guarnecidas con las mismas tiras y con cuatro alamares que llegan hasta el hombro.

EL SALTO DEL CABALLO.

SOLUCION AL DEL NUMERO ANTERIOR.



Letrilla antigua.

En la cumbre, madre,
tal aire me dió,
que el amor que tenia
aire se volvió.
Madre, allá en la cumbre
de la gentileza
miré una belleza
fuera de costumbre,
cuya pura lumbre
ciega me dejó,
que el amor que tenia
aire se volvió.
Dulce ausente mio,
no te alejes tanto,
mueva ya mi llanto
ese pecho frio;
mas ¡ay! que un desvio
tal pena me dió
que el amor que tenia
aire se volvió.

ALMANAQUE ENCICLOPEDICO.

Agotadas las dos numerosas ediciones que de esta publicacion hicimos nos vemos precisados á manifestar que en adelante no podremos servir los pedidos que se nos dirijan; lo que advertimos para evitar molestias á los que nos quisieran aun favorecer.

Cádiz 24 de Enero 1863.

El Administrador.

A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA. Bomba n. 1.

do de una hermosa bahía, con puerto seguro y cómodo. Tenia no há mucho de poblacion unas 25.000 almas; pero en su rápido desarrollo esta cifra no puede ser ya completamente exacta. Constituyen su principal riqueza el azúcar y el tabaco.

El grabado que va en la primera página representa una vista de la referida ciudad, entre cuyo gracioso caserío descuella su teatro, cuyo peristilo se destaca dando su verdadero carácter al edificio.

UNA HISTORIA MAS.

I.

EL ROCE DE UNA FALDA.

Julio Manterrós era un jóven de veintidos años.

Su larga melena, en honor de la verdad bastante descuidada: su trage decente, aunque no muy limpio; su mirada triste, aunque fija y *penetrante*, y mas que todo un *no sé qué* de abandono y desaliño que se notaba en toda su persona, daban á entender bien claramente al menos perspicaz, que Julio no vivia en el mundo, ó mejor dicho, que vivia para otra persona únicamente, y que el mundo todo le *importaba un bledo.*

Efectivamente, Julio estaba enamorado, pero no enamorado así como se quiera, no prendado de una mujer que le correspondia ó que le daba esperanza al menos de corresponderle alguna vez; todo lo contrario, Julio estaba enamorado de una mujer, que si no le despreciaba, tampoco le daba prueba alguna de simpatía, y á pesar de todo Julio estaba cada vez mas enamorado.

Hay cosas que no se comprenden nunca por mucho que se estudien, y esta es una de ellas. Que vengan aquí todos los fisiólogos del mundo; que vengan y expliquen la razon de este fenómeno.

Se comprende que un hombre ame á una mujer, y que la olvide en el momento en que es correspondido: se comprende que aumente y se avive el amor del hombre al paso que aumentan y se *multiplican los desdenes de la dama: es mas* se comprende que el hombre adore con delirio á la mujer que le aborrece de corazon: pero lo que no se comprende, ó lo que yo al menos no he comprendido nunca, es que un hombre continúe amando á una mujer, desde el momento en que se convence de que esta mujer es de estuco y de que permanece impasible, glacial é indiferente á todas sus protestas de amor y de cariño. Pues bien; esto es lo que hacia Julio: amar con locura á una mujer, de la que nunca habia merecido una mirada. Y que Julio no era tonto, está probado con decir que era poeta.

Pero dejando á un lado digresiones y continuando la historia, vuelvo á repetir que Julio estaba enamorado como un bruto, puesto que este es el nombre que se dá á los que enamorados hasta el punto de *perder la razon,* ven la imágen de su *amor en todas* partes y desbarran ó pierden los estribos al hablar de su adorada. A Julio esto le sucedia.

Era una mañana de noviembre de 1855; el dia estaba nebuloso y la noche anterior habia llovido bastante.—Escusado es decir (pues esto pasaba en Madrid) *que las calle se encontraban* poco menos que intransitables. Al lector le importará muy poco que hiciese sol ó que hubiese llovido; pero como esto se halla ligado en cierto modo al principio de mi historia, de ahí el que lo refiera, pues de otro modo nunca lo diria.

La mañana á que voy haciendo referencia era la de un domingo, el reloj de las monjas de S. Plácido acababa de dar las doce, y por las calles de Silva y de la Luna discurria mucha gente con direccion al templo de S. Martin.

Julio, que vivia por las inmediaciones de la primera calle, se dirigió tambien al templo, oyó misa como Dios manda y luego, no sabiendo á donde dirigirse, echó á andar por la calle de la Luna, sumido al parecer en profundas meditaciones y completamente indiferente á todo cuanto le rodeaba.

Al llegar á la calle de Tudescos levantó la cabeza y se apartó un poco de la acera saliéndose al arroyo.

Un vestido de seda verde le habia rozado, y el crugido de aquella falda parece que le electrizó.

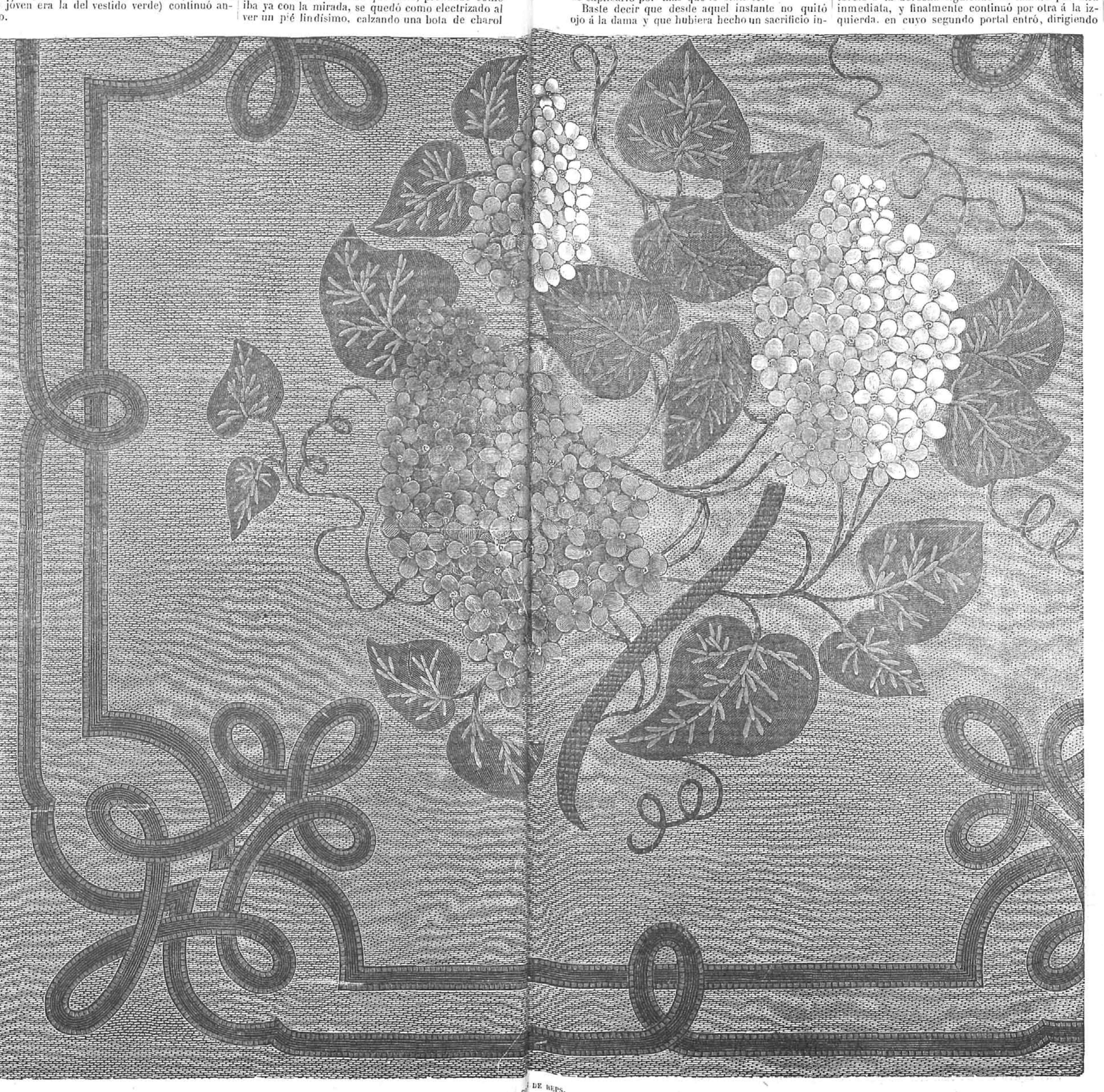
Su movimiento al echarse al arroyo, no fué otro que una especie de galantería para con la dama que le habia rozado y á quien indudablemente le estorbaba el paso.

La dama correspondió á esta prueba de atencion con una mirada, tal vez indiferente, pero que á Julio le pareció llena de amor, y hé aquí el comienzo de la historia que voy á referir.

El roce de un vestido, un paso atrás y una mirada; hé aquí el sencillo orígen de unos amores tambien originales.

Julio se pasó á la acera de en frente, y la jóven (pues jóven era la del vestido verde) continuó andando.

Como habia barro y la dama por razon natural no queria ensuciarse, se levantó un poco el vestido, pero nunca tal hiciera: que Julio, prendado como iba ya con la mirada, se quedó como electrizado al ver un pié lindísimo, calzando una bota de charol



DE REPS.

ajustada como un guante.—Lo que por su mente pasó en aquel momento ni Julio mismo fuera capaz de *explicarlo por* mas que lo sintiese.

Baste decir que desde aquel instante no quitó ojo á la dama y que hubiera hecho un sacrificio inmenso por poder dirigirla una palabra.

La dama prosiguió por la calle de Silva, luego torció á la derecha siguiendo su camino por otra inmediata, y finalmente continuó por otra á la izquierda, en cuyo segundo portal entró, dirigiendo á Julio otra mirada, mas bien de curiosidad que de inteligencia.

Julio se quedó como un tonto mirando al portal y á la fachada, y en resumidas cuentas solo pudo sacar en limpio, que aquella casa tenia tres pisos de á siete balcones, que los balcones tenian persianas verdes, y que el n.° de la casa era el 23.

—¿Quién será esta mujer?—se preguntaba luego *lleno de confusion y de impaciencia. Oh! me precisa* averiguarlo; y no hay duda, lo averiguaré; pero entre tanto....

Julio, en fin, no pensaba ya en otra cosa, y no encontraba un amigo á quien no le hiciese alguna pregunta, con objeto por supuesto de averiguar quién era la dama.

Cinco dias pasaron en esta fatal incertidumbre, y al cabo de ellos pudo averiguar que la dama se llamaba Elisa, que sus padres ocupaban en la sociedad una buena posicion, y finalmente que no se la conocia novio.

Con mucho menos que esto se hubiera contentado Julio, así es que adquirir tales noticias y empezar á saltar de gozo, todo fué cosa de un instante.

—Elisa!—exclamaba el jóven lleno de regocijo: poético nombre en verdad; tan poético como su figura.

Y media hora despues de llegar á su casa el nombre de la dama estaba ya escrito en su cartera, en sus libros y papeles, y hasta en la pared los escribió como si temiese que se le olvidase.

—Elisa! Elisa! exclamaba lleno de contento.

Y *escribió mas de mil versos aquella noche en* elogio de su amada.

II.

JULIO MANTERRÓS.

Elisa, que así hemos dicho se llamaba la dama del vestido verde, era una mujer encantadora.

De tez morena, ojos rasgados, nariz aguileña y labios de coral, facciones todas que recordaban sin querer la raza árabe en toda su pureza, el rostro de Elisa estaba animado de una expresion dulce y *melancólica á la cual daban vida los destellos* de fuego que se escapaban sin querer de sus grandes y hermosos ojos. Describir con la pluma las bellezas de aquel rostro sin par, indicar uno por uno todos los detalles de aquella completa hermosura, querer dar una idea de lo que era en fin aquella dama, *fuera empresa muy superior á las fuerzas* del que esto escribe; para poder comprender ó tener por lo menos una sombra de su hermosura, era preciso fotografiarla, y aun así le faltaria el fuego de la mirada, que constituia por decirlo así la belleza primordial de aquel rostro encantador y de aquella expresion divina y magestuosa.

Elisa era un tipo acabado de hermosura, y las negras trenzas que partian de sus sienes, realzaban mas y mas su poética figura.

La jóven entró en su casa sin acordarse mas del que en la calle de la Luna le habia dejado la acera.

—Un impertinente mas;—diria para sus adentros:—otro pollo de los que diariamente me persiguen,—añadiria tal vez usando una expresion que tan fielmente retrata á esos ridículos mozalvetes que no sabiendo otra cosa que arreglarse la corbata, en*cocoran á todo el mundo con sus necias imperti*nencias y se creen con derecho á todo lo que en buena sociedad no debe admitirse; pero Elisa se equivocaba. Ni Julio era pollo, ni se parecia en nada á tan ridículos entes.

Julio era un jóven injerto en viejo: es decir un muchacho de pocos años con pensamientos *de hom*bre. Su estudio del mundo y mas que todo su desgracia, le habian aleccionado y hecho comprender lo que es la vida, y de ahí el que todo lo mirase con indiferencia, de ahí el aspecto glacial de su semblante, y de ahí en fin el que rara vez se le viese acompañado. Sus amigos mas de una vez le habian dado á entender que lo eran solo de nombre, y por esta razon Julio habia renunciado á su amistad. El profundo amor que sintió hácia Elisa, era una prueba mas de esta misma indiferencia con que lo miraba todo.

Retirado del mundo ó alejado por lo menos del trato de las gentes, su corazon necesitaba otro en quien desahogarse, y escarmentado con la falsía de los hombres, ansiaba una mujer á quien hacer dueña de todos sus secretos. Julio creyó encontrar en Elisa la *mujer á quien buscaba, y de ahí su* profundo amor y su continuo desasosiego; pero Julio se engañó tambien: todo su entusiasmo, todo su amor, toda su dicha, iban á estrellarse contra un corazon de piedra, ó si no de piedra, contra un corazon que no latia, que permanecia insensible á todas sus protestas de amor, al lenguage elocuente de sus miradas. Y Julio, sin embargo, proseguia

amándola; y no pasaba un solo dia sin que tres ó cuatro veces cruzáse por su calle; y miraba á los balcones, y los encontraba abiertos, y ella se asomaba algunos dias, y la miraba Julio; pero inútiles eran sus paseos, inútiles todas sus miradas.

Elisa permanecia al balcon y miraba tambien á Julio, pero del mismo modo que se miran los objetos expuestos en un escaparate; con ojos de curiosidad, pero no con ojos de cariño.

Y á pesar de esto, Julio no se resentia; y aumentaba su amor á la par que aumentaban los desdenes: y llegó á embotarse su sensibilidad de tal manera, que no le hacian efecto los desvíos, y tomaba por amor lo que tal vez era indiferencia; y pasaron dias y dias, semanas y semanas, y Julio al cabo de un año amaba á Elisa tanto como aquel domingo en que *la vió por vez primera.*

—¡Ingrata! solia exclamar algunas veces. Y sus ojos se embotaban en lágrimas amargas que le quemaban el rostro y oprimian su pecho.—Tal vez llegue *un dia en que te pese; ahora me desprecias porque* nada soy; pero ¿quién sabe si llegaré á ser algo? Y aunque no lo sea ¿quién sabe si algun dia querrás arrepentirte? ¿Y será tiempo aquel dia? Tal *vez no, tal vez acudas tarde; y cuando entonces me* veas querrás dirigirme la palabra, y yo la escucharé gozoso mas que ahora, pero triste á la vez, porque tendré que decirte, *es tarde*; y tú me escucharás, y lamentarás quizá tu error ó tu estravío, pero *es tarde* volveré á decirte. Y ámbos lloraremos.

Julio continuaba hablando como un loco: los ojos parecia que querian escapársele de sus órbitas, la frente le abrasaba como lumbre, y los nervios se le crispaban á la vez.

Julio tenia calentura.

Entre tanto Elisa hablaba al balcon con otro amante.

Y no se acordaba de Julio para nada, y conservaba unos versos, sin embargo ¡versos escritos con el alma, y con os cuales Julio se despidió para siempre de las musas!

¡Ingrata! y aun hay quien ame á las mujeres.... pero ellas no tienen la culpa: tal vez Elisa llore arrepentida: la suerte....

Mudemos de capítulo.

III.
¡UN AÑO!

Un año habia pasado.

En este tiempo ni un solo dia dejó Julio de pasar por la calle de Elisa; pero por esta época ya los balcones estaban cerrados; solo se divisaban tiestos de hermosas flores cultivadas por la mano de la da*ma: pero Julio nunca la veia.*

IV.
UN ENCUENTRO Y DOS MIRADAS.

Era una tarde de Octubre de 1858; el dia estaba muy hermoso, los rayos del sol caian sobre Madrid, limpios como el cielo, bañándole de alegría, y Julio bajaba por la calle de los Autores entretenido en *leer unos papeles.*

Una voz dulce y simpática vino á interrumpirle; alzó los ojos, y Elisa acompañada de otra jóven subia tambien por la misma calle.

Julio la miró; ella le miró tambien; pasaron y nada se dijeron, pero los ojos hablaron sin duda alguna.

Dos años de ausencia y dos años de silencio tenian necesariamente que ser expresados por medio de una mirada y lo fueron sin disputa.

La mirada de Elisa le pareció á Julio mas expresiva, y correspondió á ella con otra mas seguida y penetrante, que Elisa no pudo resistir.

—*Aun te amo!* querria decir la mirada de Julio. *Sé que me quiere!* dió á entender Elisa con su mirada.

Y la jóven que acompañaba á Elisa debió comprenderlo así, porque dirigió á Julio otra mirada investigadora.

Elisa estaba hermosa como nunca: llevaba tambien vestido verde; pero de un verde mas precioso.

Julio volvió á adquirir noticias de Elisa, y supo que dos dias antes habia llegado de Paris, donde habia residido durante el verano.

V.
TRES AÑOS DESPUES.

El desden de la dama continuaba: Julio cambió de barrio y la perdió de vista, pero no por eso la olvidaba.

Pasaron algunos meses y Elisa y Julio volvieron á encontrarse.

Él la miró como siempre; lleno de amor y de cariño.

Ella no quiso corresponder á esta mirada.

Julio se quedó cabizbajo y pensativo.

VI.
UNA CARTA.

Al dia siguiente del nuevo encuentro, Julio estaba como aletargado.

El profundo desden de Elisa, minaba su existencia; y no solo su espíritu se halalba decaido, sino que en todas sus facciones se notaba poca vida.

Julio permanecia siempre abismado en profundas reflexiones y se pasaban dos semanas sin que se le viese salir de casa.

Tanto abatimiento debia necesariamente resolverse en enfermedad, y Julio cayó enfermo.

Pasaron dos meses y Julio se levantó por fin.

—¿Qué dices, Elisa? exclamaba como un loco.

Y Elisa no le escuchaba.

Restablecido por fin, tomó una noche la pluma y escribió la siguiente carta.

«Adorada Elisa: tres años hace que os conozco, y *tres años hace que os amo con delirio. ¿Es acaso* culpa mia el haber concebido la pasion que me devora, y de la cual depende acaso el colmo de mi felicidad? ¿Es acaso culpa mia el haberos conocido y *no haber podido resistir al influjo del amor?* No, hermosa Elisa: vos debeis sin duda comprenderlo, é inútil será por consiguiente que yo me esfuerce en repetíroslo. Mi corazon, libre hasta ahora de pasion alguna, en vano pretende en este instante buscar medios para olvidaros: vos habeis sido siempre la imágen de mis sueños, y vos sereis la única mujer de la tierra capaz de inspirar mi amor. Si soy culpable al manifestároslo, si loco me juzgais al repetíroslo, perdonad mi delirio y compadeceos de mi frenesí, si es que solo soy acreedor á la compasion de una mujer á quien tanto adoro. ¡Si vos me amáseis! ¡Si vos me miráseis siquiera con ojos apiadados!.. pero no; vos no me amareis; yo soy en el mundo una persona harto despreciable para que vos pareis en mi tan sola una mirada. ¡Oh! si supiéseis lo que padezco... si pudiéseis leer en el fondo de mi corazon... si os fuese dado oirme en mis ratos de delirio... Mucho padezco, Elisa; decidme que me amais siquiera una sola vez; decidme que no os soy del todo indiferente; hacedme una confesion que tanto ansío, y entonces... ¡Oh! entonces seré el mas feliz de los mortales. ¿Creeis que es fingido cuanto os voi diciendo? ¿Creeis que solo es hijo de una imaginacion calenturienta? No, hermosa Elisa; imposible es que así lo creais: observad la impaciencia que en mis facciones se retrata, notad solo un instante la expresion que me domina, y vereis que no es otra que la de una profunda melancolía, la *de un contínuo pesar que acabará con mi* existencia, si vos llegais á despreciarme. ¡Tantas veces he pasado por debajo de vuestro balcon para observar tan solo el menor indicio de amor en *vuestras lánguidas miradas! pero nada; nada he con*seguido. ¿Qué habeis pensado de mi, idolo mio? ¿qué ideas han surcado por vuestra mente al verme detrás de vos en todas partes, al verme entrar en la Iglesia *siempre á vuestro lado?* ¿habreis dudado quizá de mi amor? vuestro corazon no puede haberse engañado; y sin embargo, aun vivo sumido en las tinieblas con respecto á lo que por vuestro corazon pasa en este instante. ¿Amareis á otro? Terrible idea. ¡Oh! si fuese cierta... oidme una vez siquiera, Elisa mia, contestad una vez tan solo á mi pasion sincera, decidme si soy un loco al contemplaros ó si solo os muevo á risa ahora que lleno de amor me determino á escribiros. ¿Lo hareis? yo así lo espero y no sereis tan cruel que consintais en que viva padeciendo este jóven desventurado, que solo con vos pudiera ser feliz.

JULIO.»

Elisa leyó esta carta, tal vez con la misma frialdad con que hubiese leido un anuncio en *El Diario*, *y al dia siguiente se la devolvió á Julio.*

Este no supo el efecto que le causó á su amada ni las causas que mediaron para esta devolucion; pero la carta volvió á sus manos, y Julio sin embargo, *continuó amándola.*

¡Pobre Julio!

VII.
OTRA CARTA.

Desde el dia en que Elisa le devolvió la carta, Julio no supo qué hacer, y andaba como un tonto, siempre aburrido y siempre concertando planes.

Resuelto por fin, á excitar por última vez los sentimientos de la dama la dirijió otra carta concebida en los siguientes términos.

«Adorada Elisa: tres años hace que os conozco, y tres años hace que vivo padeciendo: dos meses hace que os escribí por primera, y dos meses hace que en vano espero vuestra contestacion. ¿Me despreciais? ¿os soy indiferente? ¿os causa horror mi presencia? Contestad á cualquiera de mis preguntas, y sacadme ya del estado lastimoso en que me encuentro. Si no haceis caso de mis palabras, ¿por qué no me lo decis? ¿os complaceis acaso en verme padecer? ¿os complaceis acaso en verme sufrir? No os creo tan cruel que os sirva de diversion mi sufrimiento. Vos podeis comprender lo mucho que os amo con solo mirar á mi semblante; vos podeis comprender lo mucho que os adoro con solo meditar un poco acerca de mis acciones. Si voy á donde vos, es porque el amor me arrastra á caminar detrás: si os sigo á *todas partes*, es porque tengo un placer inexplicable en contemplaros: obro en fin siempre guiado por el amor. ¿Qué pues exijis de mí? mandadme y sereis obedecida. Es verdad que *soy muy jóven y que de modo alguno debiera* aspirar á vuestro amor; pero vos tambien lo sois, Elisa mia, y creo que esto no sea un obstáculo para nuestro cariño. Contestadme, en fin, Elisa, contestadme, y decidme lo que pasa en vuestro *corazon*; pero sacadme de esta incertidumbre en que me encuentro. Yo os amo con delirio y con delirio os amaré mientras exista. Si vivo es por vos; cuanto hago es por vos, Elisa mia. Sin vuestro amor aborreceré la vida, y el dia en que deshagais mis ilusiones agotando todas mis esperanzas, aquel dia me ocultaré en un rincon, y de él no saldré sino para la tumba. ¡Adios! vuestro amante

JULIO.»

La suerte estaba echada: ó Elisa habia jurado indiferencia eterna, ó el sino de Julio era el de no *verse correspondido.*

Esta carta tuvo el mismo éxito que la primera, si bien Elisa no la devolvió.

Julio, sin embargo, ignoraba por completo el efecto que en la dama causaban sus epístolas, y esto es lo que mas le desesperaba.

El asunto era demasiado delicado para confiárselo á nadie, y de ahí el que Julio nada averiguase, pues consultando con algun amigo de la familia, tal vez hubiese podido indagar alguna cosa.

Julio renunció por fin á molestar mas á la jóven por escrito, pero no por eso renunció á su amor, que esto en él era imposible. Mil veces trató de olvidarla, pero nunca pudo conseguirlo. El recuerdo de Elisa iba unido á todas sus ideas, y en vano procuraba alejarlo de su mente. Elisa era su única aspiracion, su único pensamiento.

Pasaron algunos meses, y Julio nunca olvidó á Elisa, entretuvo el tiempo con algunas jóvenes con objeto únicamente de olvidarla, pero no lo consiguió.

Julio ya no la veia.

VIII.
UNA REVELACION.

Era una noche de Junio de 186...

En una casa próxima á la calle Mayor paraban algunos coches, el reloj de la villa acababa de dar la una y todo indicaba que en dicha casa se preparaba una *soirée.*

Efectivamente la daba el señor X... y á ella concurrian las principales personas de la Córte.

Entre ellas se hallaba Elisa.

Nada diré de su hermosura, porque estaba mas bella que nunca. Solo sí diré, que pasado algun tiempo se dirijió á ella un caballero jóven de bigote negro, y que despues de los cambios de saludo de costumbre, entablaron ámbos el siguiente diálogo.

—¡Vd. por aquí, Elisa! yo la creia á Vd. arrepentida...

—¿De qué?

—De vuestra crueldad para *con un amigo...*

—No comprendo...

—Prueba indudable de que le ha olvidado V.

—Si V. no se explica...

—Con *mucho gusto.* ¿V. *no se acuerda de un* jóven que hace cuatro años la seguia á todas partes?

—No recuerdo.

—De un jóven que la escribió dos cartas...

—Si V. no se explica mas...

—Era escritor.

—Ya caigo: habla V. de Julio...

—De Julio Manterrós, justamente.

—¡Qué! le ha visto V?

—No está en Madrid en este instante, pero aquel jóven la amaba á V. como no la amará ninguno.

—Lo sé, lo sé, Sr. N... pero yo tambien le he correspondido...

—¡Cómo, Elisa!

—Quiero decir que nunca le quise mal.

—Pero tampoco bien.

—Y prueba de ello es que he leido siempre con sumo gusto todas sus novelas, y que me he enterado de su vida.

—No mucho, cuando ignora V. que se halla fuera.

—Es que hace tiempo le perdí de vista.

—Pues él en cambio nunca la ha perdido á V.

—Lo creo; es un muchacho que me ha querido *mucho; por lo menos así lo ha demostrado.*

—¡Oh! no lo sabe V. bien, Elisa.

—Lo sé, lo sé, y aun conservo unos versos suyos... los primeros que me escribió.

—Y los últimos que ha escrito, Elisa, aunque escribió muchos acordándose de V.

—¿Y qué es de Julio? preguntó Elisa con alguna curiosidad.

—Se ha casado; la contestó N.

—¡Se ha casado! exclamó Elisa como asombrada.

—Se ha casado, sí; ¿lo extraña V.?

Elisa nada contestó.

—Se ha casado, prosiguió N., *porque convencido* sin duda de que el odio de V. era implacable...

—Pues nada sabia; le interrumpió Elisa.

—Esa es una prueba mas de que no se interesaba V. mucho por él, cuando no procuraba averiguar su suerte.

—Si tal, si tal, y cuando V. le vea comuníquele mis afectos y dígale que siempre me he interesado y que me intereso por su suerte.

—Muchas gracias, señora; pero dudo que lo crea.

Y efectivamente, así fué. N. participó á Julio los detalles del diálogo anterior, y el semblante de Julio se animó por el pronto, pero aquella animacion *desapareció en seguida. Luego añadió: es tarde,* y su mirada volvió á entristecerse.

IX.

EPÍLOGO.

Algunas noches despues de lo referido en el capítulo anterior, Julio por distraer su crónico mal humor se dirijió al Teatro Real: al ir á tomar el billete, sintió detrás de sí el crugido de una falda de seda: volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con Elisa.

Él la miró, como puede mirarse al bien que hemos perdido, con ojos de amor y de tristeza.

Elisa en cambio reparó en él, y apartó en seguida su mirada.

Julio se alejó del despacho de billetes.

—¡Ingrata! exclamaba despues: y dice que no me olvida!... y dice que me amaba!... *Yo nunca la olvidaré, pero antes de morir quisiera cambiar con ella tres palabras.*

Y Julio prosiguió andando sin saber por donde.

Ignoramos si Julio y Elisa habrán vuelto á encontrarse siquiera haya sido en algun baile de carnaval y con careta.

Lo que sí sabemos es que Julio continúa triste.

T.

EL HOMBRE DE LA LLUVIA.

(Conclusion.)

A los torrentes de antes habia sucedido una lluvia fina y tenaz. Estaba en posesion del objeto de sus deseos, ¿pero qué uso iba á hacer de él? No se atrevia á ofrecerlo á la dama despues de la escena anterior. Volvióse al portal, y no bien en él vió entrar á un señor por cuyo cuerpo corria el agua en abundancia, y que no llevaba paraguas. Era el tal un hombre de edad, ligeramente encorvado, y que llevaba un vestido cuya moda habia pasado ya con mucho. Sus facciones expresaban la satisfaccion mas completa, y aunque estaba empapado en agua hasta los huesos, sus pasos eran cadenciosos y nada precipitados. Saludó con la cabeza, y con voz dulce y benévola dijo:

»Bien ha llovido hoy, no es verdad? Y con viento del este. Semejante lluvia es una anomalía; llueve contra todas las reglas de la naturaleza y de la experiencia. Todas las mañanas veo el viento que hace: de cada cien veces, las veinticinco hay sequedad con este viento. La última vez que llovió con él fué el 26 de Junio de 1846; pero aquella vez yo tuve la culpa.»

Wachtel, tranquilizado al ver el carácter inofensivo *del recien llegado, le interrumpió, riendo con aire de* incredulidad:

»Cómo! V. tuvo la culpa de que lloviese?

—Ciertamente, continuó el viejo, así como tambien tengo la culpa de la de hoy. Cuando me levanté esta mañana y vi la veleta del panadero de en frente de mi casa, teníamos el viento del este mas puro y mas bello, *sin la menor mezcla de norte ó de sur. Pensé entonces* que podia arriesgarme á salir sin paraguas. No bien habia andado media hora cuando empezó el aguacero que V. ha visto, y como además llevaba mi sombrero nuevo, la lluvia se convirtió en un verdadero diluvio. Aquí donde V. me vé, cuando salgo sin paraguas siempre llueve, y cuando le llevo no llueve nunca. ¿Pero V. no me conoce?

—No tengo ese gusto, respondió Wachtel.

—Es extraño, continuó el viejo como sorprendido. Yo sirvo de barómetro para todo el barrio: así no soy conocido sino por *El Hombre de la lluvia.* Los relojes tambien se arreglan por mí, porque paso siempre á la misma hora por los mismos sitios. Caballero, ¿V. espera á que escampe?»

Wachtel hizo un signo afirmativo.—»Pues no lo espere V. mientras estemos aquí encerrados. Yo soy tan seguro como el mejor barómetro. Tengo un primo propietario de unas tierras; cuando hay demasiada sequedad me hace ir á ellas sin paraguas y con sombrero nuevo, y apenas estoy llego á sus campos cuando diluvia. Bajo este punto de vista yo soy verdaderamente notable.»

Wachtel, aunque agradablemente impresionado por las amistosas maneras del viejo, pensaba en la dama refugiada en el cuarto del portero, y hasta sospechó si el recien venido pudiera ser el esposo á quien esperaba, en cuyo caso debia advertírselo; por tanto, interrumpió á su interlecutor con esta pregunta á quema-ropa:

—¿Es V. casado?

—Nó, respondió aquel con la misma amabilidad. Y pasando vivamente á otro asunto, exclamó gozozo.

»Pero V. tiene un paraguas! entonces se ha salvado V. Adios, jóven, páselo V. bien,» y sin mas ceremonia se apoderó del paraguas del extranjero que Wachtel habia arrimado á la pared, lo blandió con aire de triunfo, y desapareció gritando:

»Jóven no tenga V. cuidado; antes de media hora tendrá V. sol.»

Wachtel estupefacto, miraba con tanta boca abierta al viejo que iba alejándose cada vez mas.

Vuelto de su primera sorpresa se lanzó hácia la puerta para precipitarse á la calle á fin de perseguir al robador de su paraguas y de su dicha; pero en aquel momento llovia de tal modo que se vió obligado á renunciar á su propósito. Aproxímóse sin embargo á la puerta cuanto pudo, y se puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones: »Eh! caballero, quiere V. devolverme mi paraguas? Eh! no me oye V.?»

Pero mi hombre seguia chapoteando con toda la fuerza de sus largas piernas, y Wachtel oyó solamente á lo lejos estas palabras:

»No tenga V. cuidado, jóven; antes de media hora tendrá V. sol.»

»Se vá, no hay duda» exclamó dolorosamente Wachtel. »Me ha robado un paraguas que no es mio y que no puedo pagar! ¡Es posible que un ladron se oculte bajo apariencias tan honradas!»

No tuvo mucho tiempo de estenderse en reflexiones acerca de la depravacion de las costumbres, porque vió á un caballero alto que parecia registrar la calle con inquietud, y que, como él, se hallaba desprovisto de paraguas. Verlo, adivinar quien era, y apresurarse á enmendar la falta que habia cometido respecto á la incógnita dama, fué para Wachtel asunto de un momento; obrando como siempre sin reflexion, se lanzó á la calle y se aproximó al caballero.

—»¿Busca V. á su señora?» dijo el jóven aturdido saludando cortesmente.

»Mi señora!.. en efecto... Pero señor, ¿quién es V., y quién le ha dicho?...

—Vá V. á saberlo; sígame V.»

El desconocido frunció el entrecejo, y apremiaba á su guia para que se explicase mas claro; pero este le empujaba haciéndolo entrar en el portal de la casa que habia sido teatro de todos los incidentes referidos, y asomándose al cuarto del portero, anunció á la dama que su marido la esperaba afuera. Levantóse esta, y habiendo reconocido que en efecto era así, dijo sonriendo al jóven: »Ved aquí, caballero, un servicio que hace olvidar otros servicios intempestivos que V. quiso antes prestarme. En*tonces comenzaron las recíprocas preguntas.*

»¿Cómo se encuentra V. aquí?» decia el marido.

»Y V. cómo ha podido encontrarme?»

»Y el señor cómo ha podido reconocerme para darme aviso?»

He salido, dijo la dama, porque V. me habia dicho que me hallase junto á la fuente que hay en esta plaza, á fin de hacer una visita juntos. Pero dejé mi casa hace dos horas, y como hacia buen tiempo no tomé el paraguas. Me he refugiado aquí sabiendo que habia V. de pasar por delante de esta puerta.

—Pero en fin, V. no estaba en el portal, y no podia por tanto verme pasar, »dijo el marido,» y no me esplico... La dama se sonreia sin responder... Wachtel se adelantó y tomó la palabra:

»Yo soy quien debo explicar el resto de esta aventura, y lo haré con tal sinceridad, que espero me sirva de espiacion. Es menester que V. sepa, caballero, que tengo el defecto de ser demasiado servicial; estaba en el vestíbulo cuando entró esta señora sin paraguas: le ofrecí mis servicios, los rehusó; tuve la necesidad de insistir; me dió una buena leccion, y, creyéndome sin duda mas necio de lo que en rigor soy, se ha atrincherado en el cuarto del portero de esta casa para evitar mi compañía. Desde entonces no tengo mas que un pensamiento, el de reparar mi falta. Yo habia conquistado un paraguas á fuerza de audacia; pero, ¡oh desgracia! aquel paraguas me fué robado por un pícaro, por un malvado, que ocultaba sus odiosos proyectos bajo el velo de la *honradez y del candor. ¿Qué hacer? Si en vez de un pa*raguas pudiera yo traerle á esta señora su marido, ella me permitiria quizá el ir á buscarle un carruage, y así no llevaria de mí ningun mal recuerdo. Entonces, caballero, me propuse examinar á todo el que por aquí transitara; entonces le reconocí sin haberle visto nunca, porque leí en su rostro de V. sus dudas y su perplejidad. Lo demás V. lo sabe.»

Marido y mujer reian de muy buena gana durante esta narracion. »Pues bien, caballero,» dijo el marido, »supuesto que tan bien toma V. lecciones, venga V. á verme; mi edad me permitirá dar á V. algunas muy amistosas.» Wachtel levantó al cielo sus manos en señal de gratitud. Disponíanse ya á separarse, cuando el señor viejo se presentó de repente con su paraguas desplegado; cerrólo en seguida, y lo entregó á Wachtel con un movimiento significativo de cabeza diciéndole: »Ya lo vé V.; apenas he estado en la calle media hora con mi paraguas, y tenemos el mas hermoso sol! Buenas tardes, señores; he celebrado mucho el haber podido prestaros este corto servicio.»

Dicho esto, hizo un saludo amistoso á todos, y marchó. *No bien le vió Wachtel alejarse, exclamó con aire* consternado:

»*El Hombre de la lluvia* se vá sin paraguas y con un sombrero nuevo! Démonos prisa; dentro de cinco minutos vá á llover á cántaros.»

Y el portero se quedó allí con tanta boca abierta, y no comprendiendo una palabra de cuanto acababa de suceder.

(*Traducido del aleman.*) CHARLES ADAM.

—29—

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

—Quizá, añadió al cabo de una pausa, quizá sois la *signora inglesa* que ha vivido hace tiempo en esta casa, y que ha hecho tanto bien al país.

Estas palabras fueron un bálsamo para el corazon de Lucy; el interés que sentian hácia ella los que ella habia abandonado, no estaba extinguido.

—Lo habeis adivinado, respondió; yo soy la *signora inglesa.* Tomad esto en recuerdo de una persona que tiene mucho cariño á Bordighera.

Y se volvió al carruaje á toda prisa diciendo al criado que partiera con direccion á la posada de Posta en Mentone.

Habia llovido mucho mientras Lucy se habia detenido, y la vizcondesa irritaba. Hutschin la propuso detenerse en alguna parte para secar sus vestidos, tomar algo caliente; pero Lucy no quiso pararse antes de llegar á Mentone.

La promesa de una propina fabulosa animó al postillon, y al caer la tarde el coche cubierto de lodo se detuvo ante la posada de la Posta.

El cielo habia aclarado por el Oeste, y los matices rosados del sol que se ponia en medio de una masa muy densa de gruesos nubarrones, alumbraba un grupo que habia junto á la puerta de la posada, uno de esos cuadros familiares y sencillos con que habrian hecho una obra maestra Teniers ó Mieris.

En un banco de madera estaba sentada una hermosa mujer de ojos negros y cabellera de ébano; á corta distancia un hombre de unos treinta años, de cútis tostado y de patillas negras, con una pipa en la boca, estaba en cuclillas, con los brazos extendidos hácia un precioso niño de cabello muy rizado y muy rubio; el padre y la *madre con su ejemplo y con sus palabras animaban* al niño á que diera sus primeros pasos; este con gritos de alegría infantil iba como podia del uno al otro.

Lucy miró atentamente á los tres.

De repente Speranza se vuelve y distingue el rostro de Lucy.

—¡Madona santa! Madre, madre, ¡es la signora!

De un salto se planta á sus piés, arrojando el niño en brazos de su marido que se cae de espaldas, sube al estribo del coche y se arroja al cuello de Lucy gritando:

—¡Oh! ¡Mi querida señora!

Es todo lo que Speranza pudo decir.

Rosa acude á su vez con una sola idea, idea muy natural, la de que le ha sucedido al niño alguna desgracia.

Pero Battista se levanta, y entonces, un reconocimiento general tiene lugar en medio de tantas bendiciones, tantas lágrimas, apretones de manos é invocaciones á la Virgen, que la cosa habria sido muy cómica si no fuera tan interesante.

—¡Dios mio! ¡qué manos tan frias! ¡Qué aire tan cansado!.. ¡Si estuviera aquí el doctor Antonio!...

Speranza se muerde la lengua; Lucy *es conducida ó* llevada al mejor cuarto de la casa.

Muy luego está ardiendo la chimenea, adelantan el sofá, y Lucy, despues de haberse quitado su pañuelo y su vestido mojados, se tiende bien cubierta en el sofá á descansar y á calentarse.

Speranza se inclina tiernamente hácia el amable ob*jeto de sus cuidados; acaricia* y besa las manos frias de la vizcondesa; seca y arregla sus hermosos cabellos rubios sin dejar un instante de sonreir, hablar y dar gracias á la Madona; y no obstante, en medio de tanta agitacion, sin olvidar nada de lo que puede contribuir al bienestar de *su cara, cara padrona,* como llama á Lucy, prepara la tostada y el té, no el té de todos los dias, sino el que se guarda en la caja verde para las ocasiones extraordinarias.

Miss Hutschin no hace nada; Speranza no cede á nadie, ni á su madre, el derecho de meter los piés de Lucy en unas zapatillas bien calientes, de calentar la cama y servir en todo y por todo á su adorable *padrona.*

Lucy se sentia renacer en esta atmósfera de cariño: y en tanto que estaba sentada tomando el té con descanso, una sensacion de indecible bienestar se esparcia en

napoleones, indispensables para que mi mujer, mi hija y yo no nos muramos de hambre en seis dias.—Despues tendré que confesar mi pobreza á la sociedad, que hoy me juzga poderoso y feliz, y mi mujer tal vez maldecirá la hora en que unió su suerte á la mia. —¿Qué haré, madre mia?....—Darme la muerte, es el mayor de los crímenes; la virtnd seria proclamar solemnemente mi pobreza, y dedicarme á recuperar mi fortuna y la de mi mujer á fuerza de constancia, trabajo y economía.—Pero, ¿qué dirá de mí el mundo?—¿Comó pagaré mañana esa cantidad?....»

Al llegar aquí, el autor de esta carta apoyó la cabeza en las manos, y los codos sobre la mesa donde escribia.—Al amanecer el dia siguiente, cuando el vecino del sotabanco salia alegre como unas castañuelas para ir á su trabajo, encontró en la escalera á la señora del piso principal, que volvia con su hija de una reunion habida en no sé qué Embajada.

Quitóse la gorra para saludarla, á tiempo que se oyó una detonacion, que heló la sangre en las venas de aquella señora.

Y apenas vió abierta la puerta de su habitacion, se lanzó en la de su marido; no habia luz en aquella estancia y se apercibia un fuerte olor á pólvora.—Cuando uno de los criados trajo la luz, la hermosa dama vió á su marido en pié en medio de la habitacion, con el cabello herizado, y los ojos inyectados de sangre.

Habíase quedado dormido, apoyado en la mesa, y al despertar, hizo un movimiento involuntario, y derribó la pistola que tenía sobre aquella; el arma se disparó, y el proyectil atravesó uno de los cuadros que adornaban la habitacion.

La esposa de aquel hombre lo comprendió todo en aquel momento, y se arrojó á coger la carta que vió sobre la mesa, antes de que su marido pudiera impedírselo.

Aquel mismo dia, la esposa educada en el lujo y la vanidad, vendió todas sus joyas, todos sus trajes, todo lo supérfluo que habia en la casa, y proclamó á la faz del mundo la pobreza y la honradez del esposo.

III.

El jornalero del sotabanco, que todo lo supo por uno de los criados del piso principal, despedido por economía, decia despues á su mujer:

—Chica, tienes razon, mas vale la tranquilidad que nosotros tenemos con mis dos pesetas, que el boato que otros tienen, para acabar luego Dios sabe cómo.—Echa vino, mujer, y á dormir tocan; que para dormir no se necesita luz, y las velas y el aceite están este año por la nubes.

CÁRLOS FRONTAURA.

EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

Cesen las danzas y los cantos. Aquí, en el recinto del silencio eterno, las coronas que mueve el viento sobre las tumbas, las cruces que levantan al cielo sus descarnados brazos, esclaman: *¡todo lo que ha nacido será polvo y ceniza!*

Que del fondo del sombrío templo penetre este grito en el espléndido palacio: ¡tambien los que ciñen corona y empuñan cetro serán polvo y ceniza!

Que de los palacios levante el vuelo, como una paloma, á los campos de batalla en que los conquistadores triunfan, y los pueblos gimen, y retumbe como un trueno: tambien los que pasean su carro de victoria por el haz de la tierra serán polvo y ceniza!

Hé aquí el templo. Hombres, mujeres, ancianos y niños, estos colgados del pecho de su madre como el fruto de la rama, se apiñan y se confunden ante el ara santa: todo lo que florece y ha madurado será polvo y ceniza!

Millares y millares de séres duermen bajo la tierra el sueño eterno: sus nombres se han olvidado: su polvo es el que pisa indiferente el hombre: todo lo que ha nacido y existe será polvo y ceniza.

Abandonada del mundo, sin un amigo, la fidelidad vacila al borde de una tumba vacía contemplando su fondo: ¿lo qué tan ardientemente ama será tambien polvo y ceniza?—No. El amor no perece. ¡Lo que muere resucitará!

¿Y el dulcísimo deseo de enjugar todas las lágrimas? Y la caridad que llena la mano del pobre y paga un agravio con un beneficio? ¡Lo que muere resucitará!

¿Y los que convierten sus ojos al cielo, radiantes de esperanza, lejos del mundo, desde las gradas del altar? Oh! esos resucitarán. La fé no será polvo y ceniza! La esperanza burlará á la muerte.

Mirad: parece que las coronas fúnebres se iluminan. La cruz marca con su sello imperecedero la grandeza humana y la hermosura terrestre. La tierra será tierra, y el espíritu triunfará.

(*Traduccion de Jacobi.*)

